



HISTORIA DE LA CIVILIZACION DE ARAUCANÍA



(Continuación)

CAPÍTULO V

Continuación de la guerra

Asesinato del encomendero Pedro de Avendaño i Velasco.—Nombramiento de Francisco de Villagran para gobernador.—La viruela entre los indios.—Villagran sale a campaña.—La propaganda del padre Jil González.—Proceso a los indios sublevados.—Villagran cae enfermo.—Combate en las faldas orientales del norte de la cordillera de Nahuelvuta.—Derrota de los españoles en Catirai.—Evacuacion de la plaza de Arauco.—Los araucanos principian a usar los caballos.—Combate en Angol.—Sitio de Arauco i heroica defensa de Bernal de Mercado.—Este jefe abandona el fuerte.—Defecion de un grupo de soldados.—Serie de contratiempos que agravaron la enfermedad de Villagran.—Su muerte.—Datos biográficos. Toma el mando Pedro de Villagran.—Combate de Itata i Andalien.—Otro combate en Angol.—Disensiones entre los españoles.—Salé Villagran de Santiago en campaña hacia el sur.—Combate en Perquilauquen.—Deposicion de Villagran.—Se hace cargo del gobierno Rodrigo de Quiroga.—Espedicion al sur.—Combate de Talcamávida i reconstruccion de Cañete i Arauco.—Las vegas de Puren.—Bernal ataca esta comarca.—Los indios atacan a Cañete.—Martin Ruiz de Gamboa conquista la isla de Chiloé.—El rei crea la real audiencia de Concepcion.—Ruiz de Gam-

boa i Bernal abren campaña contra los indios.—Campañas del nuevo gobernador Bravo de Saravia.—Segunda derrota en Catirai.—El obispo de Imperial toma la defensa de los indios. - Derrota de los españoles en Puren.—Nuevo gobierno de Quiroga.—Terremoto en el sur.—Batalla de Marihuenu.—Combate de Guadava.—Muerte de Quiroga.—Gobierno interino de Ruiz de Gamboa.—Tasa de Gamboa.—Campañas.—Gobierno de don Alonso de Sotomayor.—Campañas de este gobernador contra los indios.—Su separacion del gobierno.

No era un hecho consumado la pacificacion de los araucanos, como don Garcia Hurtado de Mendoza lo aseguraba desde Lima a Felipe II. El tratamiento cruel que recibian los indios de las encomiendas i la calidad de esclavos a que otros quedaban reducidos, mantenian latente el odio de todos, sometidos i rebeldes, contra los españoles.

Una circunstancia cualquiera podía motivar una peligrosa conflagracion.

Pronto, en efecto, se verificó un incidente que inició un nuevo período de guerra. En febrero de 1561 se encontraba en su encomienda de Puren el gobernador de la plaza de Cañete don Pedro de Avendaño i Velasco, militar antiguo i experimentado pero de durísimas entrañas. Distingúiase por el tratamiento inhumano que daba a los indios, hasta el extremo, segun afirma un cronista, de experimentar "gran contento en matallos, i él mismo con su espada los hacia pedazos" (1).

El odio debía ser recíproco naturalmente i la venganza de los indios de trabajo consecuencia lójica de la conducta de Avendaño. Un día que regresaba de un bosque inmediato con madera que había hecho cortar para una casa que construía, lo atacaron aquéllos inopinadamente i lo ultimaron con las hachas que llevaban en las manos. De cuatro españoles que lo acompañaban, dos tuvieron el mismo fin i los otros lograron huir i llegar a Angol.

Al instante salió de esta poblacion su jefe don Miguel de Avendaño i Velasco, hermano del anterior, con fuerza de la guarnicion i avisó de lo sucedido al capitán jeneral interino Rodrigo de Quiroga, suegro del encomendero asesinado i residente en Concepcion.

(1) GÓNGORA MARMOLEJO, páj. 88.

Otro refuerzo salió de Imperial, i ámbas partidas en combinacion atacaron a los indios de la comarca de Puren durante varios meses, con aquella rabia propia de hombres exasperados hasta el exceso. Acosados sin descanso, talados sus campos, solo hallaron seguridad en los escondrijos de las vegas del rio.

Francisco de Villagran, que permanecia todavia en Lima, jestionaba ante la corte de España su anhelado título de gobernador por intermedio de un clérigo hermano de su mujer llamado Agustin Cisneros, mas tarde obispo de Imperial. Afortunado anduvo el eclesiástico, pues en 1558 el rei firmaba el nombramiento de Villagran. Trasladóse en seguida Cisneros a América con la familia de su cuñado i llegó a Lima al comenzar el año 1561.

Poco despues el gobernador se hacia a la vela con los suyos, feliz, lleno de lisonjeras esperanzas, i llegaba a la Serena en junio del mismo año. Desde esta ciudad despachó a dos emisarios que hiciesen reconocer su autoridad, uno a Santiago, que lo fué su teniente gobernador i asesor letrado Juan de Herrera, i otro a Tucuman, el envejecido capitán de las guerras de Chile Gregorio de Castañeda.

No demoró mucho su viaje a Santiago, que tuvo que emprender por tierra. Lo recibieron el vecindario, el cabildo, la tropa de infanteria i la de caballeria i mas de mil indios libres, con los suntuosos agasajos de aquellos tiempos, como arcos, inscripciones i ceremonias religiosas. Llegó a la ciudad en "un macho negro, pequeño mas que el ordinario. Despues de la ceremonia del juramento lo llevaron a la iglesia debajo de un palio de damasco azul, llevándole dos alcaldes el macho por la rienda, i desde allí a casa del capitán Juan Jufre, que era su posada" (1).

En el título estendido a favor de Villagran el rei le daba las instrucciones que entónces era usual encomendar a estos funcionarios. Por cierto que en ellas tenian que figurar las imprescindibles de tratar bien a los naturales, incrementar las entradas del tesoro real i atender al servicio relijioso i conversion de los indios. Encargábale a la vez el buen gobierno del reino, la con-

(1) GÓNCORA MARMOLEJO, cap. XXXIII.

tinuacion de los descubrimientos i el castigo de los blasfemos, hechiceros, alcahuetes, amancebados, usureros i jugadores (1).

El viejo i reputado conquistador que se habia imaginado que iba a gobernar fácilmente residiendo en Santiago en medio de sus antiguos compañeros de armas, tuvo que experimentar bien pronto un desengaño al respecto.

Desde la muerte del capitán Avendaño en Puren, los indios de esta comarca no habian abandonado su actitud de hostilidad. Al contrario, una circunstancia casual estendió esta sublevacion fuera de los estrechos límites a que hasta entónces habia estado circunscrita.

La nave que habia traído al gobernador Villagran, llegó con la infeccion de viruelas. Esta epidemia, despues de propagarse en el norte, penetró en Arauco el mismo año de 1561 i produjo una enorme mortalidad de indios sometidos i de guerra, todos los cuales atribuyeron el contagio a hechizos que los castellanos esparcian en el aire o les enviaban en botijas de vino (2).

El estrago de la epidemia los irritó hasta el último extremo contra los que ya no solo eran sus enemigos, sino tambien sus esterminadores cobardes e implacables.

Villagran dispuso que partieran sucesivamente para el sur con alguna fuerza Alonso de Reinoso i su propio hijo Pedro, i él mismo salió en seguida a campaña a fines de octubre con su teniente gobernador i varios religiosos. Apenas se repuso en Concepcion del viaje, siguió para Cañete, donde pensaba establecer el centro de sus próximas operaciones militares.

Con mala suerte se estrenó el gobernador. Tuvo que verse contrariado en primer lugar por la predicacion i las doctrinas del padre dominico Jil González de Avila, que lo acompañaba en calidad de consejero i confesor. Habia venido este fraile a Chile con Hurtado de Mendoza, i fiel a los principios que defendia su órden, sostenia el ningun derecho de los antiguos conquistadores para conservar sus repartimientos, por su negligencia i por haber hecho a los indios una guerra desapiadada, anticristiana, sin sujecion a ninguna lei i atendiendo únicamente

(1) MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI, *La cuestion de límites*, tomo II, páj. 16.

(2) ROSALES, tomo I.

a su exclusivo interes. Esta propaganda de dominar a los indios por medios pacíficos fué asumiendo un carácter franco de parte de frai Jil, quién en sus pláticas i conversaciones del mismo campamento amenazaba con el infierno al que los matase i aconsejaba la restitution al que algo les tomara. No poco efecto producian estas opiniones en el ánimo de los oficiales i soldados.

Villagran se decidió a ensayar el sistema pacífico i mañoso de reducir a los araucanos con el cebo de los halagos. Devolvía a los prisioneros a sus *rehues* o parcialidades con recados de paz i regalos agradables para ellos. Tal plan de sometimiento dió un resultado enteramente perjudicial; pues los indios sometidos, viendo la injusticia que envolvía la conducta de sus dominadores, prefirieron sublevarse a vivir en una sujecion llena de penalidades.

Unánimemente estuvieron los capitanes mas conocedores de esta guerra por un cambio inmediato en el modo de hacerla. Creció con esto la exaltacion del padre González. Villagran, a instancias de sus tenientes i para no embarazar la marcha de las operaciones, tuvo que dejar a Cañete i salir a visitar las otras poblaciones en compañía del impertinente dominico (1).

Su hijo Pedro i Alonso de Reinoso quedaron de guarnicion en esta plaza al mando de ciento veinte soldados.

Mas desautorizado quedó aquel padre con un estraño i ridículo proceso que formó a los araucanos el teniente gobernador i licenciado Juan de Herrera. Suponia que por las depredaciones i muertes que habian cometido i por el estado de rebelion en que se hallaban, no merecian el amparo de la autoridad real ni de leyes protectoras. Con todos los trámites de estilo sustanció el sumario: acusacion fiscal, prueba, edictos, autos de estrados i por último sentencia de muerte i pérdida de bienes. Con tan irrisorio procedimiento se acailaban por lo ménos los escrúpulos de militares i encomenderos (2).

En su visita a las poblaciones, el gobernador se sintió atacado de una grave afeccion gotosa. Su edad avanzada, las consecuencias de una vida aventurera i activa, la insalubridad de la

(1) GÓNGORA MARMOLEJO, cap. XXXIV.

(2) BARROS ARANA, *Historia*, tomo II, pág. 310.

rejon i las penalidades de la campaña, postraron su salud hasta el punto de verse obligado a viajar en silla, que conducian indios de servicio.

Se hallaba en Villarrica, sufriendo en cama las dolencias de su mal, cuando llegaron a sus oidos las críticas de los vecinos de Concepcion, que lo acusaban de negligente. Trasladóse entónces a Angol, a donde llegó en marzo de 1562. Despues de dos meses de lecho, lo condujeron a Imperial, lugar en que se resolvió a pasar el invierno. Concluído éste, se encaminó a Valdivia i de aquí se embarcó para Concepcion, llamado por el vecindario que deseaba verlo dirijiendo los negocios del gobierno.

Pero, impelido el buque por vientos contrarios, fué a dar a las costas de Chiloé, donde encalló en un banco de arena. Se vieron obligados así los españoles a desembarcar i recorrer esos lugares. Esta rejion agreste se hallaba poblada de numerosas indiadas que una noche atacaron de sorpresa a los castellanos. Solo despues de una formal i apurada refriega, pudieron éstos dispersar a la confusa muchedumbre de salvajes.

Puesto a flote i reparado su barco, el gobernador navegó otra vez hácia Concepcion, a donde recaló al fin sin nuevos contratiempos.

Todavía la enfermedad le seguía minando su salud. Combatía con la zarzaparrilla, planta orijinaria de América que servia a los españoles de medicamento de jeneral aplicacion i eficacia. Debió ser hasta el recurso de los enfermos graves, pues cuando Villagran marchaba al sur a disputar el gobierno a Aguirre, juntó a su tropa a la entrada de Santiago i les dijo: «que nadie se ficiese cojo ni manco ni tomase la zarzaparrilla en la ciudad de Santiago a efecto de quedarse allí, porque todos habian de ir con él a buscar la voz del rei hasta topar con ella», es decir hasta toparse con Aguirre (1).

Los indios de ordinario fieros i ahora envaneidos por la negligencia de sus enemigos i exaltados por los estragos de la viruela, se aprestaban para la pelea. Habian elejido como campo

(1) *Coleccion de documentos inéditos*, por J. T. MEDINA, tomo XX, titulado *Proceso de Villagra*.

de guerra la cordillera de la costa, desde Tucapel hasta el Biobío.

Dos reñidos encuentros hubo en el extremo norte de ese teatro de acción. Diestros ya en la construcción de fuertes, levantaron uno en el lado izquierdo del Biobío i próximo al riachuelo de Rele. Construyéronlo con ciertos detalles que indicaban un manifiesto adelanto en el arte de las fortificaciones, como empalizadas de circunvalación, reductos al centro i hoyos exteriores, hábilmente disimulados para que los caballos cayeran en ellos.

Desde Concepción despachó el gobernador una columna a las órdenes de su hijo Pedro i de su yerno Arias Pardo de Maldonado. El 8 de diciembre del mismo año de 1562 estuvieron a la vista de los araucanos. En la imposibilidad de usar de sus caballos, los soldados emprendieron el ataque a pié con el empuje sobrehumano que sabían desplegar en las situaciones apuradas. Acometidos i acometedores se acosaban terriblemente; cedieron al cabo los indios, que al huir fueron acuchillados por la espalda.

Cara costaba a los españoles la victoria; pues, fuera de muertos, heridos i caballos arrebatados, tuvieron el dolor de ver a su jefe inutilizado por una parálisis que le sobrevino al entrar al fuerte i de la cual da cuenta un cronista en estos términos: «apénas se hubo puesto de pies sobre la trinchera, cuando se quedó parado como una estatua, herido de pié i de mano i tan yerto como un hombre embelesado» (1).

Reuniéronse otra vez los indios por ese mismo lado oriental de la cordillera de Nahuelvuta, en el paraje llamado entónces Catirai hácia su estremidad norte i por donde caen sus derrames a la comarca en que hoy está la villa de Santa Juana. Construyeron por ahí un fuerte mas poderoso i mejor situado que el anterior.

Desde el fuerte de Arauco, en el que se encontraba siempre enfermo, hizo salir Villagran una columna que, engrosada con la jente de su hijo, llegó a contar hasta noventa hombres armados i quinientos indios auxiliares. La mandaba el maestre de

(1) MARIÑO DE LOBERA, pág. 271.

campo Julian Gutiérrez de Altamirano, a quien acompañaban algunos veteranos gloriosos de las guerras de Arauco, entre otros, don Pedro Cortés Monroi, el «César de estas chilenas campañas», según la expresión de un cronista (1). Pero también iban muchos jóvenes sin experiencia militar i animados de una impetuosidad inconsciente para afrontar los peligros.

Subieron los expedicionarios por el espolon occidental de la cordillera marítima llamado Marcguano o Marihueno i cayeron a las faldas del levante. Al segundo día de marcha se encontraron delante del fuerte de los araucanos.

Este reducto, construido sobre cerros de dificultosa subida, pareció a los jefes desde el primer momento mas sólido i defendido que las simples obras de atrincheramiento que hasta entonces habian conocido con el nombre de *pucará* (2). Ardua empresa creyeron que era abordarlo, opinion contradicha por el jóven Villagran i los de su edad, que juzgaron desdolorosa, humillante i cobarde la retirada. Dióse, en consecuencia, la órden del asalto.

Inmóviles permanecieron los araucanos tras de sus trincheras, i dejaron avanzar i cargar contra ellos a los españoles; pero cuando vieron desordenados a unos i metidos a otros en los hoyos, hábilmente tapados con yerbas, dispararon sus armas arrojadas i, saliendo afuera, atacaron a sus enemigos, quienes, con sus filas diezmadas, huyeron a Concepcion i Angol.

Cuarenta guerreros castellanos i muchos indios auxiliares costó esta derrota, i la pérdida de armas i caballos.

Entre los muertos se contaba el jóven capitán Pedro de Villagran, que en lo mas récío de la pelea recibió un flechazo en la boca que le disparó un cacique llamado Talcamávida (3). A punto de perecer estuvo también el jefe de la fuerza, maestro de campo Gutiérrez de Altamirano, i mui mal herido salió Cortés Monroi.

(1) CORDOVA I FIGUEROA, páj. 66.—AMUNÁTEGUI SOLAR, *Un soldado de la conquista de Chile*.

(2) Palabra quechua que trajeron del Perú los conquistadores.

(3) Talcamávida o Talcamahuida, cacique talvez del lugar de ese nombre.—MARIÑO DE LOBERA, páj. 272.

Trasladóse por estos días desde Angol al fuerte de Arauco el ya conocido capitán Lorenzo Bernal de Mercado, famoso más tarde por su constancia, por su ingenio i valor. Comunicóle aquí a Villagran, agravado en su lecho de enfermo, el triste fin de su hijo en estos términos: «Vuestra señoría dé gracias a Dios por lo que hace: Pedro de Villagran es muerto, i todos los que iban con él desbaratados». Ordenó el aflijido padre que los circunstantes se retirasen de su alcoba, volvió la cara hácia la pared i permaneció largo rato entregado a un acerbo i silencioso dolor (1).

A este triunfo de los araucanos siguió el ataque sucesivo de las plazas de Cañete, Angol i Arauco. Todas las tribus de la cordillera de Nahuelvuta se hallaban en abierta rebelion. Dirijeron sus ataques a la primera de estas poblaciones, a la cual lograron penetrar una noche i arrebatar una gran porcion de animales; pereció a sus manos una parte de la tropa que salió a perseguirlos.

Con el propósito de reconcentrar sus fuerzas i contra el parecer de los vecinos i encomenderos, el gobernador mandó evacuar la plaza, medida que se tomó en medio del mayor apresuramiento i confusion de los habitantes. Tras de los fujitivos, que se encaminaron a Arauco, penetraron al pueblo abandonado los indios i, despues de entregarse a la rapiña, lo redujeron a cenizas.

En estas jornadas los araucanos aumentaron el número de sus caballos.

Desde esta época comenzaron a usarlos como diestros jinetes. Las campeadas i las batallas les habian suministrado las primeras parejas reproductoras, que dieron oríjen a la raza caballar indígena perpetuada hasta el presente.

Ciertamente que en los primeros años de la conquista los caballos introducidos al territorio de Arauco fueron pocos i mui caros. Valian entónces un caballo o una yegua mil castellanos i las cabras trescientos. En 1558 el valor de los caballos habia descendido a doscientos pesos, el de las yeguas a cuarenta

(1) GÓNGORA MARMOLEJO, cap. XXXVII.

i el de las cabras a tres o cuatro (1). Se infiere por este hecho que durante el tiempo que siguió a la reconstrucción de las ciudades del sur, la cría de estos animales se encontraba en pleno desarrollo.

Adquirían, pues, desde ahora los araucanos este nuevo poder de guerra que les habría de dar poco a poco tanta fuerza, movimiento i expansión.

Tan pronto como llegaron a Arauco los escapados de Cañete, se embarcó Villagran con ellos para Concepción i dejó solamente en el fuerte la guarnición necesaria para su defensa.

Las indiidadas victoriosas dirijieron en seguida sus armas contra la población de Angol. Mandaba aquí don Miguel de Avendaño i Velasco, hermano del capitán del mismo apellido asesinado en Puren i tan entendido como él en la manera de combatir con los araucanos. Un enjambre de bárbaros se presentó delante de la plaza, defendida por una pequeña fuerza de treinta i cinco soldados i vecinos i un grupo de indios amigos. Velasco i Avendaño, comprendiendo que debía suplir su inferioridad numérica con la disciplina i la caballería, salió a pelear a los afueras del pueblo, llanos i lomajes despejados. Uniósele el animoso Pedro Cortés Monroí, que se curaba de las heridas de Catirai i que se hizo subir a caballo para pelear de los primeros: tal era el temple de estos capitanes tan dignos de admiración.

Los indios se dispusieron a la pelea en secciones segregadas, ignorancia táctica que aprovechó el jefe castellano con éxito feliz. Embistió con toda celeridad estas columnas segregadas i las batió en detalle. Sin embargo, los bárbaros opusieron una porfiada resistencia, que mantuvo indecisa la victoria i puso en inminente riesgo la vida del mismo Velasco.

En el transporte de la alegría, los vencedores llegaron hasta pasear en triunfo a una india cristiana llamada Juana Quinel que había asistido a la refriega del lado de sus señores.

Resultado tan prodijioso se atribuyó tanto a los acertados consejos de Cortés cuanto a la protección del cielo. Bien con-

(1) Colección de documentos inéditos del señor MEDINA, tomo XXI, titulado *Proceso de Villagra*, pájs. 344 i 402.

vencidos quedaron los combatientes de Angol que habian tenido de su parte la ayuda de la virgen Maria (1).

Don Miguel de Velasco preguntó en un momento de vacilacion a Cortés qué harian, a lo cual el interrogado respondió: «el que ganare aquel cerrito primero vencerá,» y diciéndole esto, puso piernas a su caballo y siguiéndole otros soldados que estaban a su orden, ganó el alto, de donde resultó que Dios fuese servido que sin pérdida ninguna de español desbaratasen los enemigos i matasen mas de ciento i prendieron algunos los cuales examinándolos don Miguel de Velasco dijeron que el haberlos desbaratado i huido los indios fué porque una santa vestida de blanco les echaba puñados de tierra en los ojos, y así esta batalla la llaman del milagro en el reino» (2).

El peligro en que estuvo el pueblo con este asalto, obligó a su defensor a trasladarlo a dos leguas de su asiento, siempre en la comarca de Colhue.

En este mismo año de 1563, los españoles se vieron en mayores apuros aun en el fuerte de Arauco, sitiado por una densa multitud de bárbaros. Al frente de ciento cincuenta hombres que lo defendian estaban Pedro de Villagran i Lorenzo Bernal de Mercado. Tomaron primero la ofensiva los dos expertos capitanes i ordenaron que saliese del fuerte un piquete de caballería, al que hicieron retroceder los indios i le mataron al oficial que lo mandaba. Apretaron el cerco los sitiadores despues de esta escaramuza: parapetáronse detras de montones de árboles que rodeaban de hoyos i fosos i llegaron, a pesar del fuego nutrido que se les hacia, hasta los mismos cañones que pretendieron sacar de sus cubos o torreones i cuyas bocas tapaban con lodo. Lograron incendiar por último los techos pajizos del fuerte, accidente inesperado que puso a los sitiados en el doble peligro de perecer en las llamas o a manos de sus enemigos.

Aunque no se aprovecharon de las ventajas de esta situacion apurada, consiguieron los araucanos apoderarse de un cañon, de algunos arcabuces i de las provisiones, miéntras los españo-

(1) MARIÑO DE LOBERA, libro II, cap. XVIII.—GÓNGORA MARMOLEJO, cap. XXXVIII.—AMUNÁTEGUI SOLAR, *Un soldado de la conquista*.

(2) *Documentos inéditos*, tomo XXIV, pág. 279.

les apagaban el fuego en medio de la confusion mas indescriptible. Al cabo de tres o cuatro días de sitio i de combates, se retiraron los indios a efectuar la cosecha del maiz. Partió al momento Villagran en busca de auxilios a Concepcion i comenzó Bernal de Mercado a reparar los daños de tan desesperado asedio i a practicar incursiones a las tierras enemigas para proveerse de víveres.

Previsoras habian sido estas medidas, porque ántes que concluyera el mes de mayo se presentaban otra vez los indios a renovar el sitio. Para no presentar blanco a la artillería del fuerte, se situaron convenientemente en las lomas inmediatas. Este segundo asedio tomó caracteres mas desesperantes para los españoles que el primero: escasos de víveres i de agua, tenían que salir a buscar la última a una lagunilla cercana por entre pelotones de bárbaros que les cerraban el paso i les herian mucha jente. Apurando los recursos de su inventiva, los indios arrojaron primero cadáveres e inmundicias a las aguas i por último una noche desaguaron la pequeña laguna de que se proveían los sitiados (1). Otro día pasearon en las puntas de sus picas algunas cabezas de españoles e hicieron saber a los del fuerte el arrasamiento de Concepcion i el total esterminio de sus compañeros del sur.

¿De dónde provenian estas cabezas? El gobernador Villagran carecía de recursos con que socorrer a Arauco, sin debilitar la fuerza de Concepcion. Con todo, despachó una embarcacion en busca de noticias sobre la suerte de la plaza cercada, que lo preocupaba vivamente. Acercóse la nave a la isla de Leochenngo o de Santa Maria i su maestre i algunos tripulantes desembarcaron sin oposicion de los isleños, quienes tan pronto como vieron a aquéllos en tierra, los esterminaron traidoramente i remitieron sus cabezas a los sitiadores del fuerte. Esos eran los despojos sangrientos que tanto atemorizaron a los españoles. Para castigar esta felonía, desembarcó despues en la isla Pedro de Villagran i bien que cumpliendo sin piedad el objeto de su viaje, no pudo darse la mano con los defensores de la fortaleza.

(1) *Documentos inéditos*. volumen XXIII titulado *Informaciones de servicios*, páj. 317.

Apénas consiguió recojer a un emisario que transmitió al gobernador la noticia de lo sucedido i el temor de un próximo descalabro.

Pero un jefe tan acreditado por su pericia i su valor como Bernal de Mercado, no podia amilanarse por la crítica condicion a que se hallaba reducido; ántes bien, redoblando sus esfuerzos i sus medidas de cautela, se dispuso a resistir hasta el último trance i vender así cara su vida i las de los suyos. Hizo al efecto disminuir las raciones de víveres i de agua, i para prolongar su duracion, se valió del incúo medio de arrojar fuera de la plaza a los indios amigos, víctimas de la saña implacable de los de guerra.

El invierno habia llegado entretanto con los huracanes i lluvias continuas de estas latitudes, i los araucanos con una tenacidad incomprendible, no daban señales de querer retirarse a sus *levos*. Siempre ocultándose detras de montones de troncos i de árboles, se habian acercado como hasta cuarenta varas del cuartel. Se encontraban entre ellos algunos indios ladinos o españolizados que hacian uso tambien de los arcabuces caidos en su poder.

Los choques se renovaban a toda hora del dia i de la noche; miéntras unos soldados combatian, otros descansaban. Con tal género de vida, es de suponer que las penalidades tocaran ya dentro de la fortaleza a sus últimos límites: todos heridos, estenuados i locos de sed, que apagaban con orines de caballos a falta de agua; murieron ochenta de estos animales, que con el lodazal del interior, infectaban el aire.

Desesperados los indios de la resistencia i como arreciara el invierno, levantaron el sitio el 30 de junio, en momentos bien angustiosos para los españoles. Dias mas tarde llegó de Concepcion un bergantin con la órden para Bernal de hacer embarcar la artillería, evacuar la plaza i dirigirse al traves de la cordillera de Nahuelvuta hácia el pueblo de Angol. Contra su voluntad, el inquebrantable capitan abandonaba en la noche del 15 de julio el teatro de sus hazañas. Apénas salia del fuerte, cuando los indios cayeron sobre él i lo incendiaron. Al resplandor de esta siniestra luz se alejó de Arauco la heroica guarnicion i tomó por el camino quebrado, húmedo i peligroso de aquella

sierra. Dos días bastaron para que su jefe llegara al término de su viaje, con la pérdida de un solo hombre ahogado.

Los cronistas que narran estos sucesos consignan entre sus detalles la leyenda de que la vírgen Maria i el apóstol Santiago intervinieron en favor de los soldados castellanos. No es raro que se atribuya a milagro la constancia i el vigor para acometer grandes empresas i arrostrar sin miedo los peligros de esos guerreros que aparecen a la vista de la posteridad no como personas reales de la historia, sino como figuras fabulosas (1).

Miéntas tanto, el infortunado gobernador languidecia en Concepcion bajo el peso de su edad avanzada, sus dolencias i desgracias. Una série de malas noticias lo contristaron profundamente. Fué la primera la defeccion de varios soldados de las ciudades que acaudillaban otros dos de Imperial, Martin de Peñaloza i Francisco Talaverano, todos los cuales concibieron el proyecto de ir a establecerse a una tierra del otro lado de la cordillera, mui poblada i rica de oro. Con el mayor sigilo se fugaron por separado i se reunieron en los llanos del sur de Valdivia. Fué acaso esta desercion una de tantas ilusiones que enjendró en ese tienpo la fantasia de rudos aventureros ansiosos de oro i de novedades. Como era natural, se dió a la intentona el alcance de una gran defeccion. Aprestó el teniente gobernador de Osorno, Juan de la Reinaga, veinte i tantos caballeros i soldados de esta plaza i de Villarrica i se reunió con otras partidas que salieron de Imperial i Valdivia encabezadas por los capitanes Ruiz de Leon i Olmos de Aguilera. Todos juntos, emprendieron la persecucion de los prófugos; fueron entregándose éstos poco a poco hasta dejar solos a los promotores del movimiento, quienes, tomados al cabo, sufrieron en Valdivia la última pena (2).

De otro carácter fué la segunda. El padre Jil González de Avila, el sostenedor de la guerra pacífica, predicaba en Santiago doctrinas que el vicario eclesiástico reputaba heréticas. En

(1) GÓNGORA MARMOLEJO, páj. 186.—MARIÑO de LOBERA, libro II cap. XXII.—*Coleccion de documentos inéditos* del señor Medina, tomo XXIII, páj. 201 a 209.—ROSALES, *Historia jeneral*, libro IV, cap. XVI.

(2) *Documentos inéditos*, libro titulado *Informaciones de servicios*, XXIII.

uso de sus atribuciones, lo mandó procesar; pero los frailes de San Francisco tomaron la defensa del dominicano i el teniente gobernador, Juan Jufre, le negó la fuerza pública i llegó hasta imponerle arresto para arrancarle el sumario. Contestó el vicario con escomuniones, que despreció la autoridad civil. Competencia tan ruidosa exitaba sobremanera los ánimos. Villagran apoyó e hizo respetar a su segundo en Santiago (1).

Tambien Francisco de Aguirre el jóven, hijo del conquistador del mismo nombre, promovía alborotos en esa ciudad contra las autoridades. El gobernador mandó reducirlo a prision i seguirle causa (2).

Esto no era todo. El capitán Gregorio de Castañeda regresaba de Tucuman i traía la infausta nueva de la derrota de las armas españolas en aquella provincia, la pérdida de algunas ciudades i el enseñoreamiento de los bárbaros de una vasta rejion. Los temores sobre el esterminio de la guarnicion de Arauco, vinieron a colmar sus desgracias.

Sucumbió al fin, víctima de tantos dolores físicos i morales como en la mitad del mes de junio de 1563. Autorizado desde el año anterior por el virrei del Perú para designar a la persona que debía sucederle provisionalmente, legó el poder a su primo don Pedro.

Mui sentida fué su muerte; porque era hombre bien nacido, hijo natural de un caballero noble de apellido Sarria i de la señora Ana de Villagran; desprendido para gastar su fortuna en expediciones i descubrimientos; de ánimo esfórzado, de condicion no tan dura como los demas conquistadores i querido de sus compañeros de armas. Tenia es cierto adversarios como todos los que gobernaban aquella sociedad esencialmente viciosa, turbulenta i ávida de oro i de indios, pero estaban en menor número que sus amigos. De sus cualidades en jeneral, Pedro de Valdivia tenia una alta idea i hubo vez que se le oyó decir: "que les dejaba la tierra a Villagranes, pues Villagranes la habian de gobernar en nombre de su Majestad" (3).

(1) PÉREZ GARCÍA, *Historia de Chile*, libro II, cap. XIV.—ERRÁZURIZ, *Los Orígenes de la iglesia chilena*, páj. 507.

(2) BARROS ARANA, *Historia*, tomo, páj. 325.

(3) *Documentos inéditos* del señor MEDINA, volúmen XXI, titulado *Pro-*

Acusábanlo sus émulos de poseer un talento vulgar como militar, dado el ningun acierto con que dirijió la batalla de Marihuenu; de ser cruel con los indios; de haber abandonado la ciudad de Concepcion i de no atender en seguida a la reconstruccion de las otras, pues en lugar de oír una vez la súplica de los antiguos vecinos de ese pueblo acerca del particular, se fué a Imperial a correr cañas i sortijas, como hombre mal entretenido. Muchas otras acusaciones acumularon en su contra en el proceso que se le siguió durante el gobierno de Hurtado de Mendoza. Figuran entre ellas el cohecho del licenciado Peñas por cuatro mil pesos para que fallara en su favor la competencia con Aguirre; el saqueo con fractura de las cajas del rei; el plan de apoderarse del mando en Santiago por medio de las armas, i el reparto a su arbitrio entre sus favoritos de encomiendas mui productivas (1).

Aunque se vindicó de tales cargos, la verdad es que mucho tendrian de cierto, por cuanto eran los medios corrientes de que se valian los funcionarios superiores de aquellos tiempos, quienes tenian asimismo ciertas cualidades comunes semejantes a las de Villagran; enumerarlas es poner mas de relieve la índole de esa época.

Bien que en menor grado, no se hallaba exento del rigor característico de los conquistadores para castigar a los indios i de la indiferencia sistemática por sus vidas. En un interrogatorio del proceso que se le formó se lee este cargo confirmado por varios testigos: "Yendo de Tucuman, donde estaba Juan Núñez de Prado, hácia Chile, trajo en prisiones y colleras quinientos o seiscientos indios, de los cuales habian salido de paz y por los malos tratamientos que él y su jente les hicieron, murió mucho número de indios, especialmente un dia en un despojado murieron doscientos y tantos indios, y lo mismo sucedió yendo el dicho Villagra de estas provincias del Perú a Chile, que llevó cántidad de indios en colleras contra su voluntad, de

ceso de Villagra, páj. 450. Talvez por ignorancia de los servicios de estos ilustres conquistadores, no se ha perpetuado su nombre poniéndoselo a alguna poblacion del sur; sin embargo, hai otras que se titulan del Padre Las Casas, de Almagro, etc.

(1) *Documentos inéditos* del señor MEDINA, tomos XX, XXI i XXII.

que murieron muchos» (1). A su regreso de la expedición al otro lado de los Andes, los indios de las cercanías de Villarrica comenzaron a rebelarse; mataron a un español e hirieron a otros. Se refugiaron en una isla que se llamaba Pucureo, seguramente en la que se levanta en el centro de la laguna inmediata a esa ciudad. Allí se encamina Villagran, los acomete i los vence con facilidad. Junta en seguida varios caciques e indios, manda que los metan en una choza i que le prendan fuego (2).

Su ferviente fe lo hacia acreedor al calificativo de «mui buen cristiano, temeroso de Dios Nuestro Señor.» En medio de la conturbacion natural que produjo en el vecindario de la ciudad de Concepcion el abandono de sus hogares despues de la derrota de Marihuenu i miéntras algunas mujeres i enfermos se embarcaban precipitadamente en un buque anclado en la bahía, Villagran «trajo él mismo de la iglesia mayor de dicha ciudad un crucifijo i una imájen de Nuestra Señora y los mandó meter en la nave» (3). En otra ocasion, cuando los habitantes huían a Santiago por tierra, encontró en el camino, abandonado por alguna desgraciada madre, «un niño chiquito, casi recién nacido, que estaba dando gritos, é hizo hacer alto á los que allí iban é mandó a un soldado que fuese a buscar agua a una quebrada, la cual se trajo con mucha dificultad, é siempre el dicho Francisco de Villagra estuvo esperando el agua e mandó que no se fuese nadie de allí, la cual traída, dijo a este testigo que bautizase aquella criatura i este testigo la bautizó:» Se comprende que ese hallazgo quedaria ahí mismo despues de su bautismo (4).

Como atrevido expedicionario, como militar i colono, afrontó las inmensas i continuadas dificultades de la conquista con un esfuerzo jamas doblegado. A la destruccion de Santiago, 1541, siguió para los españoles una espantosa miseria. Los hombres andaban hambrientos, «desnudos é vestidos de pellejos de zorras i perros» (5). Habia que arar con caballos i sembrar; Villa-

(1) *Documentos inéditos*, tomo XXI, pájs. 7 i otras.

(2) *Id.* *id.*, tomos XX, XXI i XXII.

(3) *Id.* *id.*, tomo XXI, pájs. 421 i 507.

(4) *Id.* *id.*, id. XXI, páj. 421.

(5) *Id.* *id.*, id. XXII, páj. 323.

gran era de los primeros i mas animosos para entregarse a estos humildes i pesados trabajos.

Tales propiedades habian hecho respetado su nombre i su autoridad, circunstancia que se vino a conocer cuando, en 1554, se resignó a una posicion pasiva i espectante en Santiago, en vista de la determinacion de la audiencia de Lima de entregar el mando a los cabildos. Se verificaron entónces en los pueblos del sur, con especialidad en Imperial, escenas tumultuosas de cuchilladas i lanzadas entre los alcaldes i los vecinos. Motivaban estos choques, espiados por los indios, la concesion de repartimientos hechos por los alcaldes i la salida de los pueblos de grupos de moradores que se iban a Santiago. Una vez estos funcionarios "secretamente dieron licencia al dicho Pedro de Olmos é á otros cuarenta hombres, á unos con cédulas é á otros, los mas, sin ellas, é salieron desta ciudad con cincuenta caballos é con indios é caciques en cadenas para que les llevasen las cargas, é fué tanto i tan grande el alboroto é alteracion de la ciudad, contradiciendo los que en ella quedaban que no se fuesen, que dijo este testigo obra i no palabras; é así salieron este testigo é otros muchos armados a caballo, é con muchas lanzas é adargas a defender no despoblasen esta ciudad, é luego salieron a mucha prisa las mujeres i niños, dando mui grandes voces é diciéndoles de ladrones, despobladores, que dónde se iban é las dejaban solas é desmamparadas, é otras muchas palabras que denotaban gran escándalo; é saliendo este testigo é los demas tras los despobladores, los hicieron volver desde dos leguas desta ciudad a ella, a su pesar; é pasado el dicho dia, otro dia siguiente en la noche, los dichos alcaldes echaron fuera desta ciudad a todos los que ellos quisieron, sin saberlo los desta dicha ciudad." (1).

Capitan de noble linaje i de tanto prestigio, es raro que no llevara una vida ostentosa; sus gastos para equipar tropas lo reducian continuamente a la escasez de recursos. Se vestia en ocasiones con ropa hecha de sotanas que le regalaban los frailes, i en un tiempo en que se hallaba en Santiago, en vísperas de espedicionar al sur, sus sirvientes decian: "ha dado mi amo

(1) *Documentos inéditos*, tomo XXI, pág. 485.

todos cuantos vestidos tenia a soldados y una capa no le han dejado para traer por el pueblo y de prestado sale con una de dia y de noche la torna a dar a su dueño» (1).

Se desprende que habia de morir pobre quien vivia en tal estrechez. En efecto, no legó a su esposa doña Cándida Montes mas bienes de fortuna que su repartimiento, poco productivo por su ubicacion en tierras de indios rebelados. Al fallecer esta señora, pasó la encomienda a poder del hijo del gobernador Bravo de Saravia, Ramiriañez, aunque el obispo de Imperial patrocinaba la peticion que de ella hacia Alvaro de Villagran, hijo natural de don Francisco. Ademas, los oficiales del rei cobraban implacables a los herederos del gobernador cincuenta mil pesos que habia tomado de la caja real para los gastos de la guerra. Dejó asimismo cuantiosas deudas a particulares.

En todas partes se reconoció con estusiasmo la autoridad de don Pedro de Villagran, quien gozaba la reputacion de ser no ménos perspicaz que osado; él mismo asumió su puesto con entera confianza en su esperiencia.

Su primera medida fué ordenar la evacuacion de Arauco i la reconcentracion de las fuerzas que la defendian en Angol. Llamó de aquí a Bernal de Mercado con alguna tropa i lo despachó luego por mar a Valdivia para que reuniese en las poblaciones del sur el mayor número de jente armada. A pesar de la dilijencia del comisionado, apénas pudo arrastrar setenta hombres a Angol.

La oía de la insurreccion pasó el Biobio i llegó hasta el Itata. Los indios comprendidos entre estos dos rios se sublevaron i vencieron a los españoles, primero a las márgenes del segundo el 15 de enero de 1564, i en seguida en las vegas de Andalien, el 22 del mismo mes. Este combate fué mas sangriento que el anterior: una hueste numerosa de bárbaros cayó de sorpresa sobre el escuadron castellano al ruido de sus trompetas o cuernos hechos con los huesos de las piernas de prisioneros, i lo puso en desordenada fuga, con pérdida de algunos indios ausiliars i de todo el bagaje. Mandaron en estas jornadas, respectivamente, los capitanes Francisco Vaca i Juan

(1) *Documentos inéditos*, tomo XXII, pág. 107.

Pérez de Zurita, pacificador de Tucuman en el gobierno de Hurtado de Mendoza i militar bastante acreditado entre sus compañeros por su pericia. Cerrándole los indios el paso hácia Concepcion, los dos se dirijieron a Santiago, a donde llegaron con intervalo de días i esparcieron el espanto entre sus moradores. El vecindario organizó con toda premura un contingente de ciento cincuenta hombres que puso bajo las órdenes de Pérez de Zurita i que no tuvo oportunidad de prestar sus servicios en el sur.

Aquí los indios, envalentonados por sus triunfos recientes, atacaron la poblacion de Angol. Construyeron palizadas a corta distancia i principiaron las hostilidades. Residía en este pueblo, resentido con Villagran, Lorenzo Bernal de Mercado; los vecinos le rogaron que se encargara de la defensa. Entre los que habian tomado las armas se hallaba tambien el capitan Cortés Monroi. Los araucanos eran cerca de dos mil i los españoles cincuenta i cuatrocientos indios ausiliares. Practicados algunos cambios de campamento por aquéllos, los segundos los atacaron el 25 de marzo de 1564, a orillas de un río que entónces se llamaba Michilemu, talvez el Vergara o el Renaico. La batalla tuvo resultados desastrosos para los indíjenas: empujados hasta el río, las aguas se tiñeron con la sangre de los muertos i heridos, que ascendieron como a seiscientos. En el campo de la pelea quedaron muchas armas que ántes habian perdido los españoles i no pocos prisioneros, que fueron condenados a muerte o mutilados de pies i manos para escarmiento de los demas (1).

Concepcion que estaba cercada tambien por los indios, se vió libre despues de dos meses de un asedio estrecho i reñido en que los sitiados pasaron grandes penurias.

A medida que los araucanos adquirian mas elementos ofensivos, mas cohesion en sus empresas bélicas i el hábito de combatir con ménos miedo a sus enemigos, los españoles se desanimaban con las dificultades i se entregaban a discusiones desmoralizadoras. Breves incidentes darán a conocer, en cuanto

(1) MARIÑO DE LOBERA, libro II, cap. XXII. *Un soldado de la conquista* por AMUNÁTEGUI SOLAR.

a los últimos, la disposición de los ánimos para dejarse arrastrar sin ningún reparo a estas rivalidades.

Creyéndose amenazado el jefe de Imperial, Gabriel de Villagran, cuando los indios sitiaban a Concepcion, pidió auxilio de tropas al Cabildo de Valdivia, el cual no solamente se negó con arrogancia provocativa, sino que se preparó a resistirlo si se acercaba a su jurisdicción.

Tan pronto como concluyó el sitio que resistió el gobernador, comenzó el capitán Martín Ruiz de Gamboa a levantar una información de servicios, trámite muy usual en aquel tiempo para obtener alguna concesión del rey. Yerno de Quiroga, soldado de méritos indiscutibles, su nombre y popularidad alarmaban a Villagran, pues veía en él a un rival que pretendía el gobierno. Pidió los documentos a Ruiz de Gamboa, quien espuso haberlos enviado ya a Santiago. Con este motivo ordena su prisión, pero aquél huye al norte para dirigirse al Perú y en seguida a España. Síguelo por mar a Valparaíso el Gobernador, llega al puerto en dos días y dispone que se busque al subalterno subordinado, el cual cae presto en poder de los agentes de su jefe.

Pasó a Santiago a tomar algunas resoluciones tendientes a preparar una próxima campaña al sur. Mandó provisiones a los habitantes de Concepcion, aflijidos ya por el hambre y dedicados a rogativas y procesiones para implorar la protección divina. Despachó además un destacamento que solo pudo avanzar hasta las orillas del Maule. Se sabía en Chile que en el Perú se preparaban refuerzos para la guerra de Arauco; a fin de hacerlos más numerosos, Villagran ordenó una "derrama" o contribución extraordinaria a las ciudades: a Santiago le correspondieron siete mil pesos de oro, a Valdivia, cuatro mil, Villarrica más de seis mil, Osorno igual cantidad y las otras poblaciones en proporción a sus entradas. Encargóse al viejo capitán Juan Godínez para que se trasladase al Perú a dar cumplimiento a este encargo.

Mientras que Villagran se preparaba con tanto empeño a poner con presteza en ejecución sus designios, sus émulos y la indisciplina de las tropas detenían su acción: Rodrigo de Quiroga, creyéndose con mejores títulos, maquinaba sordamente

contra él, i los soldados desamparaban sus cuarteles sin interrupcion i a pesar de los castigos.

Por fin, como en la mitad del mes de enero de 1565, se encaminaba al sur con ciento cincuenta españoles i ochocientos indios ausiliars. Martin Ruiz de Gamboa, puesto en libertad, iba tambien en la columna expedicionaria. Se adelanta hasta el rio Perquillauquen sin obstáculos de consideracion; pero aquí habian levantado los indios trabajos de fortificaciones que detienen su marcha. Para evitar la batalla, manda a los naturales con un escribano i algunos soldados un requerimiento para que depongan las armas, sean buenos cristianos i salven sus almas; los indios permanecen inflexibles. Ante tal negativa, despacha otra vez a su capellan i cuatro soldados, a quienes reciben los bárbaros a flechazos.

El ataque inmediato se impone. En ordenada formacion i resguardados los castellanos por «mantas» o defensas portátiles de tablones o vigas para escalar murallas, acometen con intrepidez i ponen luego en fuga a los indios. Perdonó Villagran la vida a los prisioneros i los devolvió a sus tribus, pero a los que mas adelante fué tomando en escaramuzas, les impuso el castigo de cortarles un dedo de una mano i otro de un pié. El 15 de abril penetró a las calles de Concepcion i quedó al habla con los pueblos del lado meridional del Biobio (1).

Se encontraba residiendo en esta ciudad Villagran preocupado de las atenciones propias al estado de guerra que se atravesaba, cuando recibió la noticia de la llegada a Coquimbo del refuerzo que venia del Perú. Por algunos pormenores que la acompañaban, comprendió que algo grave habia contrario a la estabilidad de su gobierno. Al instante se trasladó a Santiago con algunos soldados e individuos de su servicio.

Supo aquí que el refuerzo se componia de doscientos hombres que seguian viaje por mar a Valparaiso i que los mandaba el jeneral Jerónimo de Costilla, rico encomendero de Cuzco i capitán de nombradía en las guerras del Perú. El presidente de ese país, don Lope García de Castro, habia dispuesto que saliese para Chile esta tropa, con la cual se imaginaba, como tantos

(1) BARROS ARANA, *Historia*, tomo II, pág. 347.

otros engañados ántes que él, que se pacificaría del todo el territorio araucano, rebelde ahora solamente por la incapacidad de Villagran.

Costilla al tocar en Coquimbo había mandado comunicar su arribo al cabildo de Santiago i a Rodrigo de Quiroga, pero, premeditadamente no lo hizo con el gobernador. Desembarcó, pues, en Valparaíso i siguió con prontitud a Santiago; el 17 de junio estaba a tres leguas de distancia de la ciudad.

Los contrarios del gobernador, los mismos que lo habían intrigado ante las autoridades de Lima, se movían contentos a esas horas. Martín Ruiz de Gamboa salía a escondidas a juntarse con el jeneral Costilla, i Quiroga reunía en la noche cincuenta amigos en su propia casa. Villagran mandó disolver esa reunión con un capitán, al que apresaron los conjurados. Ciego de ira por tal ofensa, va él en persona con ese propósito, pero los parciales de su rival, encabezados por los capitanes Campofrío de Carvajal i Bernal de Mercado, desconocen su autoridad, aclaman a Quiroga i hasta disparan algunos arcabuces. Varios de los de su fuerza se pasan al lado de los revoltosos; desde ese momento Villagran se cree perdido.

Al amanecer entraba Costilla a la ciudad al frente de sus soldados; aquél le sale al encuentro, cambia algunas palabras con el recién llegado i sabiendo que no es ya gobernador, se retira a su casa. El jefe de la columna reúne inmediatamente a los capitulares i hace reconocer como gobernador del reino a Rodrigo de Quiroga, sin oír las protestas de los amigos del mandatario caído. Al contrario, los hizo tomar presos i los mandó en tal calidad a un buque anclado en Valparaíso.

A los dos meses, cuando el poder de Quiroga quedaba bien establecido, Costilla se trasladó al Perú llevando consigo a Villagran. Reclamó éste á la Real Audiencia de una deposición tan injusta i del encono que había contra su persona; pero no se le prestó atención ni se dictó en su querrela una providencia resolutoria. Agriado quizás, debió retirarse a una encomienda que su esposa poseía en Cuzco. Desde entónces nada se ha sabido hasta hoy del resto de su vida ni de su fin (1).

(1) BARROS ARANA, tomo II, páj. 353.

La manera bien singular como este conquistador contrajo matrimonio, da a conocer la autoridad despótica de que disponían los representantes del Rei en América. En un memorial presentado por un agente de Villagran para justificar sus servicios, se lee: "y porque el dicho viso-rey tenia nombrado por gobernador a don Garcia de Mendoza, su hijo, de aquellas provincias, procuró estorbar que el dicho Pedro de Villagra no volviese á ellas, y porque de ello se agravió el dicho Pedro de Villagra, trató de casalle y le casó en el Perú con doña Beatriz de Figueroa, que hoi es su mujer, la cual tenia un repartimiento en que habia sucedido por muerte de su primer marido, que valia de renta mas de seis mil pesos, y porque hiciese dejacion del dicho repartimiento y de otros dos que el dicho Pedro de Villagra tenia en las dichas provincias de Chile, le dió en encomienda la mitad del repartimiento de Parinacocha y le prometió de darle la otra mitad que tenia y poseia Alonso Alvarez de Hinojosa, y daria al dicho Hinojosa otro repartimiento mejor porque dejase aquel para el dicho efecto, y de no haberlo hecho el dicho Marqués, el dicho Pedro de Villagran fué notoriamente agraviado" (1).

Así concluyó su vida militar i política el mas esclarecido de los miembros de la familia Villagran. No es, por lo demas, extraño que los sacrificios de este conquistador, iniciados con Francisco Pizarro, se perdieran en el olvido i el desden; porque, careciendo el sistema colonial de España de un control minucioso de sus servidores en el Nuevo Mundo, alcanzaban recompensas únicamente los que tenian dinero o valedores en la corte para tramitar sus informaciones de méritos (2).

Quiroga, hombre prudente i sagaz, comenzó su gobierno por reducir al silencio i la tranquilidad a los partidarios de Villa-

(1) *Documentos inéditos* del señor MEDINA, volúmen XIII, titulado *Valdivia i sus compañeros*, pág. 321.

(2) El apellido de este gobernador está escrito en el espediente de sus méritos Villagran i Villagra indistintamente. La firma de su antecesor, en el proceso que se le siguió en el gobierno de Hurtado de Mendoza, aparece así: Francisco Villagra. El señor Barros Arana cree que debe escribirse Villagran por traer su orijen del pueblo de este nombre, en Castilla la Vieja.

gran, aprisionando a tres de los principales. A continuacion se dedicó a los preparativos de la campaña al sur, en el éxito de la cual no dudó un momento, engañado como todos sus predecesores.

A mediados de noviembre de 1565 emprendió la marcha al frente de trescientos soldados españoles i ochocientos indios auxiliares. Como maestre de campo iba el capitan Lorenzo Bernal de Mercado i como teniente gobernador, su yerno Martin Ruiz de Gamboa, quien partió por mar a Valdivia. Por mar despachó tambien el gobernador los cañones i los bagajes para que los desembarcasen en Concepcion. El 15 de diciembre se hallaba Quiroga en la márjen meridional del Biobio, donde confluyen sus aguas con el rio Laja, denominado entónces Ni-vequeten.

Ruiz de Gamboa debia engrosar las filas de este ejército con jente de las ciudades del sur. Cuando llegó a Valdivia, supo que la ciudad estaba todavia bajo la impresion de un alboroto reciente. Villagran había comisionado al capitan Pedro Fernández de Córdoba para que fuese a castigar el conato de rebellion de Imperial, de que se ha hablado. Redujo en efecto a prision a varios vecinos i capitulares; cuando se supo el cambio de gobernadores, volvió a alborotarse el vecindario i Fernández de Córdoba se vió precisado a buscar asilo en una iglesia, de donde salió despues de dos dias de sitio para irse a Villarrica. A pesar de esto, no se recibió con enojo al emisario del gobernador. Consiguió reunir al fin de todas partes ciento diez soldados i, venciendo la resistencia de los indios que le salian al camino, se juntó con su jefe a orillas del Biobio.

Quiroga quiso pasar a la zona de la costa, donde estaba el núcleo del alzamiento. Dispuso que el ejército atravesara la cordillera marítima por el lugar de Catirai, teatro de anteriores combates. Tenian aquí un fuerte que habian ocupado ántes i que ahora llenaron otra vez de jente. Los españoles dispararon un dia sobre él sus cañones i arcabuces i se previnieron para atacarlo al siguiente, pero los araucanos, burlándolos hábilmente, lo abandonaron en la noche con todo sijilo. Fueron a atrincherarse en las montañas de Talcamávida. El 26 de enero de 1566 se trabó un reñido encuentro, en que Quiroga i Bernal

de Mercado embistieron el centro de las fuerzas bárbaras, mientras que parte de éstas, emboscada estratégicamente, ponía en apuros la retaguardia de Martín Ruiz de Gamboa. Flaquearon los indios sin embargo i emprendieron la fuga por entre las quebradas i los bosques.

Pasó a las faldas occidentales el gobernador i reconstruyó la ciudad de Cañete i las fortificaciones de Arauco. Cambió la colocación de la primera i la situó cerca de la embocadura del río Lebu.

Tranquilizábanse los indios del lado poniente de la cordillera de Nahuelvuta; mas, algunas tribus del oriente no daban señales de sosegar i se reunían al contrario en juntas numerosas para prevenirse a la guerra. Centro de esta nueva sublevación era la hoya de los ríos Puren i Lumaco donde habitaban los indios más salvajes de Arauco, los que con más tesón defendieron en todo tiempo sus tierras i su libertad.

Las condiciones topográficas de estos lugares se prestaban con extraordinaria facilidad para las emboscadas de las milicias indígenas i les servían de refugio contra las persecuciones de la caballería española.

La cordillera de la costa da nacimiento por su pendiente oriental, opuesta a la laguna de Lanahue, al río Puren, que baja hacia el este por faldas boscosas i cae al valle de su nombre.

Está formado éste por una vasta hondonada que cierran por el norte i el poniente contrafuertes de Nahuelvuta i por el este alturas medianas de la serranía que comienza en Angol i termina al sur de Traiguén. Después de recibir las aguas de varios afluentes, el Puren tuerce al sur para tomar el nombre de Lumaco desde la aldea de este nombre, con el que sigue para abajo hasta el punto desde donde recibe la denominación de Cholchol. Se vacían por la derecha en su curso tortuoso a trechos muchas corrientes, siendo las de más caudal la de Pangueco, Nahuelco, Ipinco i Pichi Lumaco. Por la márgen izquierda lo engrosan principalmente el Voyeco i el Curanilahue.

Desde que el río gira al sur, se remansa, se divide i hasta se pierde en cortos espacios, en varios meses del año, interceptado por isllas i ciénagas, cubiertas las primeras de manzanas i

pasto, i las segundas de arbustos i totora que forman grandes matorrales.

En el invierno las vegas se cubren de agua que se une i se ahonda hasta facilitar la navegacion de pequeñas embarcaciones.

Todo el conjunto presenta el aspecto de un verdadero laberinto, adonde es imposible penetrar a caballo i cuyas entradas i salidas conocen únicamente los habitantes de sus contornos (Figura acompañada).

Bernal de Mercado salió pues de Cañete con ciento cincuenta hombres para esta fortaleza natural e inespugnable, en marzo de 1566. Los calores del verano habian secado los pantanos, que no estaban, en consecuencia, de todo punto intransitables. A su llegada, los indios le presentaron por cierto batalla. Vencidos con dificultad, el maestre de campo se dedicó a perseguirlos con furor i propósitos de esterminio: hombres, mujeres i niños perecian a los golpes de los castellanos; los que salvaron de la matanza o los que no pudieron huir, quedaron cautivos. Para privarlos de sus recursos, les talaron sus siembras i les quemaron sus chozas. Por esto i haber sido ese invierno estremadamente riguroso, los naturales de esta comarca quedaron entregados a una miseria desesperante.

Miéntas que los indios de Puren i Lumaco sufrían tan tremendo castigo, los de Tucapel, Angol i Arauco, movilizaban sus huestes contra los españoles. Ante tal amenaza, el gobernador salió con un destacamento para Arauco i su maestre de campo con otro para Angol.

Cañete quedaba así desguarnecida; sabido esto por los indios de guerra, marcharon a asaltarla. El capitán que la defendía, don Agustín de Ahumada, encerró dentro del fuerte a su jente i los animales i recibió a los asaltantes con un nutrido fuego de artillería i de arcabuces que los desconcertó por completo. Diez soldados que volvían de Arauco, ignorando lo que pasaba, llegaron a estrellarse con los sitiadores. Vacilaron un tanto; mas, con la resolucion acostumbrada por los guerreros castellanos, clavaron espuelas a sus caballos, blandieron sus espadas i al grito de «¡Arma, cristianos, que aquí viene el maestre de campo!», rompieron las filas de bárbaros. Tal era el terror que ins-

piraba a los araucanos el nombre de Bernal del Mercado. Sin embargo, incendiaron las casas que ya se habían construido en el pueblo i se retiraron para renovar las hostilidades en mejor oportunidad (1).

Quiroga quiso aprovechar esta paz, en su opinion estable i no pasajera, para llevar a la práctica un proyecto que había concebido: la dilatacion del territorio con la conquista de la isla de Chiloé. A fines de 1566 se ocupaba de preferencia en los aprestos de la espedicion, que dirijiria Ruiz de Gamboa.

El cabildo i el vecindario de Santiago la rechazaron tenazmente, suponiendo que sobre ellos iba a recaer el gasto de la empresa, pero, dióse sus trazas el gobernador para entretener a los que se le oponian i en el mes de diciembre hizo salir de Cañete para Valdivia a su yerno, casi solo, con dos o tres compañeros nada mas. Para el mismo lugar había salido tambien una embarcacion construida con este objeto.

Segun las instrucciones que llevaba, Ruiz de Gamboa reunió en las ciudades de Valdivia i Osorno ciento diez hombres, unos montados i otros de a pié. Embarcó las provisiones i cierta parte de las armas i del bagaje en la nave que hizo rumbo al sur, i él mismo se internó con su jente por entre los bosques australes. Por lo favorable de la estacion, la tropa espedicionaria llegó sin tropiezo al canal de Chacao. La falta de embarcaciones adecuadas detuvo su marcha. El jefe que la dirijia, sin desanimarse por este obstáculo i para no perder tiempo, obtuvo de los indios, que lo habían recibido en paz, numerosas canoas i balsas, de construccion sencilla i primitiva i por lo tanto buenas únicamente para el transporte de hombres i no de caballos.

Buscando el punto mas angosto de este brazo de mar, en que su ancho se reduce a ménos de dos kilómetros, metió una porcion de sus soldados en las piraguas, hizo atar en ellas algunos caballos para que pasaran a nado i dió la órden de remar. A los cuatro días de trabajo, toda la division se hallaba en la costa meridional. Acto de admirable arrojo fué sin duda el pasaje del

(1) MARIÑO DE LOBERA, libro II, cap. XXV.—GÓNGORA MARMOLEJO, cap. LIV a LVII.

canal en tan pequeñas i peligrosas embarcaciones; mas, parece que no había empresa imposible para tales jefes i para tales soldados.

En la imposibilidad material de abrirse paso de frente por los bosques de la isla, Ruiz de Gamboa se desvió hácia la costa del oriente i continuó la esploracion al sur, en medio de las dificultades que es de imaginarse en lugares que por primera vez pisaba la planta del hombre civilizado. A los diez dias de camino se adelantó con treinta hombres montados i llegó a una abra o estuario, bañada al sur por un rio, de bella perspectiva i de recursos naturales abundantes.

Delineó ahí, sobre una meseta, una ciudad que llamó "Santiago de Castro" en homenaje de respeto i recuerdo al virrei del Perú; desde entónces quedó instituida como capital de la provincia de Nueva Galicia, nombre que le puso por referencia al suelo natal de Quiroga. El rio solamente se bautizó con el apellido del fundador de la poblacion. Ocupó en seguida la isla vecina de Quinchao i "dió de comer", o repartió las tierras i los indios, a sus compañeros que iban a quedar habitando la ciudad. (1)

Los indios de estas comarcas no se opusieron a la conquista de sus hogares ni al establecimiento de las encomiendas. Eran de índole pacífica i no bravía como la del araucano, debido seguramente a la facilidad de subsistencia de que disfrutaban las tribus de las orillas del mar, que vivian entregadas a una lucha por la vida ménos ruda i apta para la guerra que la del nómada cazador i la del labrador. Su aislamiento les impedía celebrar alianzas con otras agrupaciones i por lo tanto les quitaba una causa de rebelion. La falta de lavaderos de oro i el escaso número de conquistadores que afluyó a la isla de Chiloé, contribuyeron a que estos indios fueran siempre apacibles i a que no se extinguieran como los araucanos (2).

Cuando llegaron las primeras lluvias del invierno, que se anticipan por cierto a las de mas al norte, Ruiz de Gamboa dejó

(1) MARIÑO DE LOBERA, libro II, cap. XXVII.—GÓNGORA MARMOLEJO, cap. LVIII.—BARROS ARANA, *Historia*, tomo II, páj. 366.

(2) FRANCISCO FONCK. *Viajes de frai Francisco Menéndez*, páj. 109.

el mando de la Nueva Galicia al capitán Alonso Benítez i se dirigió por mar a Valdivia con una parte de la división con que había emprendido la conquista.

Rodrigo de Quiroga celebró la hazaña de su deudo como un acontecimiento muy honroso para su gobierno, por los resultados i la felicidad nunca vista con que se había realizado. Sin embargo, bien pronto se amargó esta alegría con una noticia desagradable: el rei Felipe II dispuso en 1565 la creación de una Real Audiencia para Chile, que tendría su asiento en Concepción para dejarla cerca del teatro de la guerra.

Este tribunal tenía atribuciones políticas i militares; debía dirigir los negocios administrativos i reformar los repartimientos. Su personal constaba, como se ha dicho en otro capítulo, de cuatro miembros u oidores. Tres salieron de España con este título, el cuarto se sacó de la audiencia de Lima; llamábase don Melchor Bravo de Saravia i se le confirió la presidencia de la corporación.

Dos de los oidores llegaron al Callao, Juan de Torres de Vera i Aragón i Egas Venegas; el otro había fallecido en Panamá. Por no haberle llegado su nombramiento a Bravo de Saravia, estos funcionarios se hicieron a la vela para Chile i llegaron a la Serena en abril de 1567, donde se les recibió con la pompa acostumbrada en tales casos. Reconocieron su autoridad los cabildos de esta población i de Santiago.

Continuaron su viaje al sur, tocaron en Valparaíso para recoger provisiones e hicieron rumbo en seguida para Concepción, adonde arribaron al fin después de haber experimentado en la travesía una furiosa tempestad. Una de las naves zozobró en esta borrasca i en ella perecieron ahogados los célebres capitanes de la guerra de Arauco Alonso de Reinoso i Gregorio de Castañeda.

La recepción que se les hizo a los oidores en la ciudad en que iban a residir fué de lo más suntuoso que podía verse en aquellos tiempos. En la plaza se levantó un tablado en que se colocaron los oidores. Se trajo el sello de la audiencia, bajo de palio, en un caballo arreglado con jaeces muy vistosos. A este utensilio, como signo de la potestad real, se le hicieron respetuosos honores. Concluida esta ceremonia, trasladóse la con-

currencia a la iglesia, donde continuaron otras exclusivamente religiosas.

En estas solemnidades Quiroga había desempeñado un papel mui secundario, confundido entre la multitud i sin un lugar espectable i correspondiente a sus méritos. Desengañado i temiendo otros agravios, se fué a Santiago en compañía de sus mejores amigos. Recibió, pues, a su turno el pago del rei, como lo habian recibido sus antecesores.

La audiencia llegaba creyendo que era empresa fácil i corta la pacificacion de los araucanos. Se convencieron sin embargo sus miembros de la necesidad de aumentar el ejército, i a este fin salieron comisionados a las ciudades del sur i del norte. La pobreza jeneral i el hastío de una guerra tan prolongada, concurren como causas eficientes a que el resultado al respecto fuera poco ménos que nulo.

Dióse el mando en jefe al jeneral Ruiz de Gamboa, quien se trasladó a Cañete en la primavera de 1567. Los indios por su parte se habian apercebido para renovar las hostilidades, viendo en las proposiciones de paz de los españoles señales de miedo i escasez de tropas. Construyeron al efecto, no léjos de Cañete, un fuerte de los que ya eran comunes en su arte militar. Los asaltaron en sus posiciones Ruiz de Gamboa i Bernal de Mercado a la cabeza de ciento quince soldados, de las cuales los desalojaron al cabo de un reñido encuentro en que los dos jefes tuvieron que poner en juego la habilidad de su táctica i el valor de su jente.

A pesar del triunfo que alcanzaron, la audiencia les desaprobó su conducta i acordó separarlos del mando de la fuerza. Pensaba sobre el jeneral el cargo de haber apresurado el ataque comprometiendo así el sistema pacífico de tratados i predicacion que se pretendía implantar; al segundo lo acusaban los oficiales subalternos i los soldados de excesiva dureza en el servicio. Con todo, a éste se le confirió el cargo de correjidor de Concepcion.

Tomó la direccion del ejército el capitan Miguel de Avendaño i Velasco, primo hermano de Ruiz de Gamboa. Con encargo de no atacar a los indios, recorrió una parte del territorio hasta Angol i a su paso por las tribus, los llamaba a la paz. Concluye-

ron los araucanos por formarse una pésima idea de las personas de los oidores.

En 1567 el rei acordó poner el gobierno de Chile en manos de un solo funcionario. Nombró, en efecto, con el título de capitán jeneral al doctor Melchor Bravo de Saravia, el mismo que poco ántes habia sido designado para presidente de la audiencia.

Tenia este personaje setenta años de edad i veinte de residencia en América. Habia prestado en el Perú servicios importantes al monarca en su cargo de oidor de la audiencia i aun como militar. Su nombre era sobradamente conocido en Chile.

En julio de 1568 llegaba a la Serena con su familia i su comitiva. Dejando a los suyos en esta ciudad, se trasladó a Santiago de a caballo con una resolucion i vigor no propios de sus años. El cabildo i el vecindario le hicieron aquí una recepcion solemne, semejante en sus pormenores a otras que en iguales ocasiones se habian celebrado. Entre los regocijos populares hubo juegos de cañas i una corrida de toros, la primera que se efectuaba en el pais.

En Santiago se dedicó a equipar con toda actividad una division para marchar al sur, tarea en que fué secundado por los encomenderos. Como al mes de preparacion, habia reunido ciento diez hombres, con que se dirijió al otro lado del Biobío. A su paso se le saludaba con grandes manifestaciones de júbilo, como que se le creía el llamado a poner término a la prolongada resistencia de los araucanos.

El 4 de noviembre de 1568 penetraba a las calles de Concepcion con una parte de sus tropas, pues la otra habia seguido a Angol. Dividió el mando del ejército entre los militares de mayor prestigio que habia entónces en el pais, Bernal de Mercado, Ruiz de Gamboa i don Miguel de Velasco, reservándose él la direccion en jefe.

Una vez que hubo concluido esta organizacion, movió su fuerza hácia el sur. Antes que todo llamó a los indios a la paz por medios persuasivos. Nada valieron los consejos que los bárbaros recibieron de algunos eclesiásticos i emisarios de Bravo de Saravia; al contrario, ejecutaron algunos actos de hostilidad que decidieron a éste para ordenar la guerra ofensiva i tenaz

contra el enemigo i la tala implacable de sus tierras. El primero que hizo pesar sobre ellos el enojo i la crueldad de los castellanos fué el durísimo Bernal de Mercado; despues de uno de los combates que tuvo en sus correrías, mandó que a los prisioneros les cortasen la mitad de los piés i los largasen a sus habitaciones para aterrorizar a los que aun permanecian con las armas en la mano.

Al concluir el año 1568, el gobernador habia establecido su campamento en Talcamávida, sobre la orilla sur del Biobio, i en el mismo paraje en que en la actualidad está situada la villa de Santa Juana.

No léjos del real español, en Catirai, se reunian los indios i construian una fortificacion. Antes que aumentaran sus filas, Bravo de Saravia resolvió atacarlos o dispersarlos. Dió esta comision al jeneral Velasco, quien partió a cumplirla al mando de cien soldados. A poco andar, su tropa estuvo a la vista de los guerreros araucanos, que se hallaban en una quebrada, i que, al notar la presencia de sus enemigos, en lugar de presentar batalla, ganaron un cerro inaccesible a la caballería i se refugiaron en el fuerte. El jefe de la division tuvo que desistir del ataque i volverse al cuartel jeneral.

Con sumo desagrado lo recibió Bravo de Saravia, i los capitanes nuevos comenzaron a creer que los veteranos eran tardos en sus operaciones militares i daban orijen con su negligencia a que los indios prolongaran la guerra. El capitan jeneral engrosó la primera columna con cuarenta soldados mas i ordenó renovar el ataque. Resignóse Velasco, por las murmuraciones, a ponerse al frente de esta tropa i aceptó que fuese en su compañía Ruiz de Gamboa. Iba tambien Cortés Monroi que no habia aceptado el ataque en la forma en que se verificaria. La division se movilizó pronto. El 7 de enero de 1569, llegaba al pié del cerro en que estaban atrincherados los araucanos. Velasco, que mandaba la vanguardia, dividió su jente en cuadrillas o compañías i con una de sesenta jinetes desmontados emprendió la ascension de la altura, cuando un sol de verano caldeaba ya las faldas.

Los asaltados habian reunido anticipadamente montones de piedras. Aunque los españoles avanzaban resueltos i protegidos

por el fuego de los arcabuces, aquéllos los recibieron de frente con una lluvia tal de piedras i flechas, que los desorganizaron, los hirieron i rechazaron cuesta abajo. Inútil fué que un piquete de caballería ejecutara un movimiento envolvente para caer por la retaguardia de los indios; inútil tambien que los auxiliares indíjenas secundaran con valor a la fuerza regular; «el desbarato» se produjo i Velasco mandó que las trompetas dieran la señal de «recojerse al campo» o replegarse. Los vencedores se entregaron a la persecucion i al botin con una ferocidad que dejaba por cierto mui atras a la de los vencidos en sus victorias. Esta memorable derrota costó a las armas castellanas la pérdida de cuarenta i cuatro soldados i capitanes, algunos de mérito reconocido.

El jefe español estuvo a punto de perecer, porque, habiéndose cortado las riendas a su caballo, se escapó a gran distancia (1).

En la misma noche comenzaron a llegar los derrotados al campamento de Bravo de Saravia. Los pormenores que contaban de la pelea causaron una impresion dolorosa en los soldados i les infundieron un miedo que poco a poco crecia. El capitán jeneral no perdió su entereza: atendió a los heridos, levantaba el espíritu abatido de sus tenientes i por último reunió una junta para acordar las medidas mas urgentes i salvadoras. Se convino en que Bernal de Mercado reconcentrase todas las fuerzas del norte de Biobio en Concepcion, miéntras que el gobernador marchaba con las que tenia a sus órdenes hácia Angol, desde donde protegeria a las poblaciones del lado occidental de Nahuelvuta.

En efecto, se internó en las gargantas de esta cordillera al paso lento que permitia el transporte del bagaje i la artillería. Los indios lo hostilizaron en su retirada con estratajemas de aparato mas que con las armas, tal como la de quemar el pasto seco, pero que aun siendo así amedrentaban a los soldados.

(1) GÓNGORA MARMOLEJO, LXV.—MARIÑO DE LOBERA, libro II, cap. XXXI.—AMUNÁTEGUI SOLAR, *Un soldado de la conquista*, capítulo *Relacion de méritos de Pedro Cortés Monroi*.

Al segundo día de viaje, Bravo de Saravia ordenó hacer alto a la división para segregar de ella ciento cuarenta hombres que debían seguir por el desfiladero de Cayucupil en protección de Cañete i Arauco, bajo el mando de Martín Ruiz de Gamboa; él continuaría la marcha con sesenta soldados para el lugar adonde se dirigía.

Entretanto la disciplina de la tropa se había ido perdiendo por completo: nadie obedecía ni tomaba las seguridades que era necesario observar en una marcha; mas que columna expedicionaria, parecía división en derrota. Al querer separar a los soldados que tenían que ir a la costa, hubo una verdadera batalla: unos se desertaban, otros proferían palabras irrespetuosas i algunos prefirieron, ántes que pasar la cordillera, perder los títulos que tenían adquiridos con sus servicios para pedir al rei una buena merced. Aunque en menor número del que se había acordado, partió al fin la fuerza auxiliadora de Ruiz de Gamboa. Había querido dirigirla personalmente el gobernador, mas, como sus capitanes lo hicieran desistir de su propósito, incorporó en ella a su hijo Ramiro Yáñez de Saravia.

Los indios no sabían aprovecharse de las ventajas de una victoria, pues de ordinario sus persecuciones no se apartaban mucho del campo de batalla; en cambio se entregaban después al sacrificio de los prisioneros i a las borracheras. Así es que Ruiz de Gamboa atravesó un camino lleno de peligros sin otros obstáculos que leves resistencias vencidas sin dificultad i llegó a Cañete el 10 de enero. Sin inconvenientes arribó también a Angol Bravo de Saravia.

Preparáronse ámbos jenerales para la lucha en sus respectivos acantonamientos. El primero en tomar la ofensiva fué Ruiz de Gamboa. Con resultado feliz emprendió en los alrededores de la población algunas correrías con el objeto de proporcionarse víveres; pero en una de estas salidas, los indios lo sorprendieron, le mataron algunos soldados i lo empujaron con su jente, revuelta i atemorizada, dentro del fuerte.

El gobernador se trasladó a Concepción a la cabeza de ochenta soldados. Le inquietaba sobremanera la suerte de las plazas de Cañete i Arauco i quería abandonarlas. Para evitar que la responsabilidad de esta medida recayera sobre él esclusivamen-

te, reunió un consejo de militares i vecinos; los primeros estuvieron por la evacuacion.

Despachó, en consecuencia, una fragata para la bahía de Arauco. Con precauciones minuciosas i no pocos peligros, pudo embarcarse la guarnicion del fuerte con las armas i una parte del bagaje. Entre el botin abandonado a la rapacidad de los bárbaros, se contaban sesenta caballos, de los cuales unos se comieron i otros dejaron para usarlos en la guerra.

Al saber Ruiz de Gamboa la retirada de la guarnicion de Arauco, se decidió asimismo a evacuar la poblacion de Cañete, de acuerdo con sus oficiales i el vecindario. En el puerto habia un buque; embarcáronse, pues, en él, con toda precipitacion los soldados i los habitantes, dejando en tierra buena parte de sus mobiliarios, equipos i ganados. Quedaron trescientos caballos, "los mejores del reino" (1). Con una furia felina, los indios destruyeron lo que no les servia i lo demas lo saquearon i quemaron. A los pocos dias llegaban a Concepcion los fujitivos, con el malestar de un viaje tempestuoso, que averió la nave hasta el extremo de llegar a encallar al puerto i perderse con todo el equipaje.

El prestigio de Bravo de Saravia se desmoronó en ménos tiempo del que jamas hubiera imaginado; como de esta série de fracasos se le hiciera responsable a él únicamente, se abatió i solo pensó en vindicarse ante el rei.

Don Miguel de Velasco tenia que hacer un viaje a España. Aprovechó esta oportunidad el gobernador para escribir a Felipe II acerca de las incidencias de su gobierno i para pedirle un refuerzo de tropas. Ruiz de Gamboa le escribia tambien por su parte desacreditando a Bravo de Saravia i a su mismo primo don Miguel, con quien habia interrumpido sus relaciones de pariente i compañero de armas. Este incidente revela un hecho característico del espíritu inquieto de los soldados españoles: a pesar del peligro comun i del estrecho contacto en que vivian; pocas veces la armonía reinaba entre ellos. En mayo de 1569, el jeneral Velasco se embarcaba para el Perú.

La administracion de Bravo de Saravia no habia sido ménos

(1) GÓNGORA MARMOLEJO, páj. 187.

cruel para los araucanos que las de sus predecesores. Basta transcribir un solo rasgo de los que anotan los cronistas para llegar a ese convencimiento: "Desde allí (Angol) salian a hacer la guerra a aquella comarca, que mas se podía decir destruir la tierra, porque las mujeres i los muchachos que tomaban, los vendian, i jugaban los soldados unos con otros, que parecía andaba el gobernador Saravia buscando como acabar de destruir aquellos pocos indios que en tierra llana quedaban" (1). A los malos tratamientos que recibian los indios esclavos i sometidos, a los trabajos pesados a que se les obligaba, habia que agregar las venganzas de los de guerra, que "de noche venian" sobre ellos i los mataban."

El obispo de Imperial, frai Antonio de San Miguel, tomó la defensa de los indíjenas, decidiéndose así por el sistema pacífico de reduccion. Habia llegado al sur en compañía de Bravo de Saravia i despues de conseguir que la audiencia fijara los límites de su obispado desde Maule hasta Magallanes, se dedicó a las ocupaciones de su ministerio. Se convenció con la práctica de éstas que toda la resistencia de los araucanos provenia del mal trato que recibian de los españoles, sin comprender otras causas de mayor entidad. Bajo esta conviccion, dedicóse a defender con teson i calor la causa de los indios i la predicacion religiosa; atacaba la codicia de los encomenderos, la inobservancia de las ordenanzas vijentes sobre trabajos de indíjenas i la costumbre de reducir a la esclavitud a los prisioneros. De tales tópicos informaba al rei en sus cartas.

El gobernador, al contrario, estaba por el sistema de la guerra i del terror; pues poseia, aunque por un aspecto diferente del que impresionaba al obispo, ideas no ménos absurdas acerca del modo de ser íntimo del araucano. Dentro de sus opiniones informaba tambien al rei de la maldad incorrejible del bárbaro, de sus resistencias a la relijion i de su ferocidad sanguinaria.

A pesar de todo, un miembro de la audiencia de Concepcion salió a recorrer las encomiendas para correjir los abusos que se cometian. La corte de España aceptó por lo demas el modo

(1) GÓNGORA MARMOLEJO, pág. 199.

de pensar del obispo i dictó medidas tendentes a reprimir la ambicion de los encomenderos.

Nada les importaba a los indios este distinto modo de pensar de tal altos majistrados, lo que talvez ignoraban hasta los sometidos. Los rebeldes seguian armados, sobre todo en la rejion de la costa.

A las calamidades consiguientes a un estado de guerra tan prolongado, sobrevino el 8 de febrero de 1570 un terremoto que arruinó a la ciudad de Concepcion. El mar completó los estragos del temblor. Los vecinos espantados se refujiaban en las alturas. En una de éstas edificaron una ermita, donde todos los años iban en el aniversario del terremoto a oír una misa cantada, en procesion i descalzos.

La guerra iba a entrar en un período de actividad con la llegada del Perú de un contingente poderoso que traia don Miguel de Velasco. Este jeneral se presentó en Lima al virrei don Francisco de Toledo, recién llegado de España, i lo impuso de la mision con que habia pensado ir a la patria natal. El virrei se resolvió en el acto a poner remedio a las cosas de Chile i mandó publicar por las calles de la ciudad un bando en que llamaba voluntarios a enrolarse para la guerra de este pais. Tanto se le temia, que uno solo concurrió. Dispuso entónces que de su propio ejército se organizara una compañía, a la cual ordenó que se agregasen los individuos condenados a destierro fuera del Perú. En abril de 1570 se hacian a la vela en el Callao dos naves con doscientos cincuenta hombres bajo el mando de Velasco i el capitan Juan Ortiz de Zárate. A los tres meses llegaban los buques a la Serena, desde donde continuaron a Santiago.

A tiempo llegaba este refuerzo tan impórtante. En el invierno de este mismo año los indios de Puren habian sorprendido un destacamento de treinta i siete hombres que mandaba el capitan Gregorio de Oña, padre del poeta del mismo apellido, i que iba de Angol a Imperial con un socorro de ropa. Ocho españoles, contándose el jefe, perecieron i el resto huyó a Angol.

Esta sorpresa produjo la alarma en el sur. El gobernador dispuso que saliera con toda presteza el jeneral Velasco a las

órdenes de cien hombres i en seguida partió él mismo con la fuerza restante. En enero de 1571 penetraba el primero al territorio araucano i se detenía en las cercanías de Angol, donde se le reunieron los capitanes Ramiro Yáñez Saravia i Barrera con algunos hombres de Valdivia.

Movióse Velasco en direccion a Puren con ciento treinta hombres i algunas piezas de artillería. Hizo alto en sitio a propósito para librar una batalla, en una vuelta del rio de ese nombre. A su frente se estendía un llano en que la caballería no tendria obstáculos para maniobrar i a su retaguardia lo resguardaba la barranca del rio.

Impacientes los indios por empeñar la pelea, se presentaron en número como de dos mil e intentaron desalojar de sus posiciones a la línea española sin conseguirlo. Varios capitanes de Velasco le aconsejaron dejar esta posicion i arrojarse al campo abierto. Las dos divisiones se chocaron i cuando se prevenian para la segunda carga, los soldados venidos del Perú comenzaron a desorganizarse i a huir por el camino de Angol, adonde llegaban la misma noche en confuso tropel.

La caballería, nervio i fuerza principal del ejército español hasta entónces, pasó por la vergüenza en este día de ser derrotada en campo raso.

Este fracaso obligó a Bravo de Saravia a deponer a Velasco de la direccion del ejército en campaña i a reemplazarlo por el afortunado aunque terco Bernal de Mercado, quien estableció su cuartel en Angol para hacer frecuentes correrías al territorio enemigo.

Por el mal éxito de su administracion civil i militar se vió forzado el gobernador a ofrecer al rei su dimision, con pretexto de su edad avanzada. Antes que el monarca tomase alguna resolucion sobre el particular, el virrei del Perú designó a Rodrigo de Quiroga como capitán jeneral o director en jefe de las operaciones militares, i a Bernal de Mercado como maestre de campo. Aun cuando el primero no aceptó esta comision por considerarse rebajado con ella despues de haber sido gobernador, el desprestijio de Bravo de Saravia llegó a su último extremo. Por fin, en 1573 el rei aceptaba su renuncia i nombraba en su lugar a Rodrigo de Quiroga, agraciado ademas en igual fe-

cha con el hábito de caballero de la orden de Santiago. Suprimió igualmente la real audiencia i ordenó que el capitán Juan de Losada formase en España i América un cuadro de cuatrocientos soldados para la guerra de Arauco.

En noviembre de 1574 se supo en Santiago el nombramiento de Quiroga. El vecindario lo recibió con unánime aceptación i regocijo, porque Bravo de Saravia se habia atraído el rencor popular por su mala suerte, su avaricia privada i su avidez insaciable para "recojer oro." Poco despues llegaron las cédulas reales i el 26 de enero de 1575 prestaba el nuevo gobernador ante el cabildo el juramento solemne que era usual.

Los indios entretanto no habian pensado en deponer las armas; ántes bien, orgullosos con la derrota de la caballería española en Puren, estaban en condiciones de acometer empresas de mas importancia. En efecto, en los últimos dias de 1572 o en los primeros de 1573, se presentaron delante de Concepcion. Amenazaron la ciudad por un lado para atraer a la guarnicion por ahí i atacarla en seguida de sorpresa por otro. Los vecinos que se ven tan de repente amenazados, se arman apresuradamente i salen al encuentro de los bárbaros dirijidos por el oidor Torres de Vera, que ese dia trocaba la toga por la espada, i por Ruiz de Gamboa, que se hallaba entónces con un brazo imposibilitado por el reumatismo. Batidos los indios con pérdida como de cien hombres, se retiran escarmentados a sus tribus.

Miéntas que Quiroga esperaba en Santiago el refuerzo de los cuatrocientos hombres prometidos, la espada invencible de Bernal sujetaba en Angol a las indiadas de esa zona i Ruiz de Gamboa se dirijía a las ciudades del sur con el título de mariscal.

Suscitábase por este tiempo la competencia, de que se ha hecho mencion, entre el obispo de Imperial i el gobernador acerca del nombramiento de curas que el primero queria hacer sin la intervencion del poder civil. El segundo sostuvo con valor i actividad las prerrogativas del rei i ordenó en consecuencia que ni los caciques ni los encomenderos pagaran emolumentos a los curas nombrados sin la intervencion del gobierno. El gobernador dió cuenta de esta competencia al rei, quien

dispuso que se hiciera cumplir el derecho que le daba el patronato (1).

La crítica situación de las ciudades australes se vino a complicar con un espantoso terremoto que ocurrió en la tarde del 16 de diciembre de 1575. Imperial, Villarrica, Osorno, Castro i Valdivia quedaron arruinadas. En toda la costa del sur salió el mar tierra adentro i causó estragos terribles. El terror se apoderó de los habitantes i para aplacar la ira de Dios, se dedicaron a las procesiones i plegarias.

Aprovechándose de la perturbacion de la catástrofe, se sublevaron los indios del sur hasta entónces tan pacíficos i resignados para servir a los españoles en sus trabajos i en la guerra contra los araucanos. Desde Villarrica hasta Osorno se armaron para combatir a sus antiguos señores, a los cuales resistieron hasta el otoño de 1576.

Por suerte, el refuerzo esperado llegó a Chile en el invierno del mismo año, bien que diversas peripecias en su camino lo habian reducido a trescientos treinta i cuatro hombres mal armados. Mediante mucha constancia i fatigas, Quiroga logró equipar esta division i aumentarla a mas de cuatrocientos soldados españoles i mil quinientos indios auxiliares. En los primeros días de enero de 1577 partió hácia el sur. Bernal de Mercado, herido despues de un rudo combate que habia sostenido en Angol, salió a reunirse con él; otro tanto hizo Ruiz de Gamboa, que se hallaba en Valdivia i que en su tránsito tuvo que pelear con los que le cerraban el paso.

Despues de atravesar el rio Itata, irritadísimo el gobernador con la obstinacion de los araucanos, les mandó formar un extravagante proceso análogo a otro del tiempo de Francisco de Villagran. Por cierto que en él salieron condenados a muerte los indios.

Adelantó su marcha hasta un lugar llamado Quinel, a la izquierda del Itata. Reuniéronse aquí Bernal de Mercado i Ruiz de Gamboa, que le trajeron un contingente que elevó su ejército a quinientos hombres i dos mil quinientos indios ami-

(1) BARROS ARANA, *Historia*, tomo II, pág. 441. ERRÁZURIZ, *Orijenes de la iglesia chilena*, pág. 287.

gos. Sabedor de que en Hualqui se reunían i fortificaban numerosas partidas de araucanos, se encaminó a ese paraje, los desalojó de sus fortificaciones i los empujó en desorden al otro lado del Biobío. Pasó también el río i sin hallar al enemigo en ninguna parte, se fué a Arauco a edificar cuarteles para invernar.

Como los indios se mostraron sumisos, devolvió al norte una fracción de su tropa, circunstancia que alentó a aquellos para entregarse otra vez a las emboscadas, escaramuzas i robos de animales. Dirijíanlos ahora en sus movimientos un mestizo recién pasado a sus filas, que se llamaba Alonso Díaz, i un cacique conocido con el nombre de Juan Leon, prisionero en el Perú en años anteriores i que traído a Chile por Bravo de Saravia se había fugado a sus tierras en cuanto pudo hacerlo. Bernal de Mercado emprendió durante el invierno una campaña por la costa sur de Arauco, i en Millarapue apresó a trescientos cincuenta indios alzados, entre los que se contaban ocho caciques. A los mas se les remitió a las minas de la Serena, donde se les "desgobernó" de un pié o se les cortó un poco antes del nacimiento de los dedos. Los caciques pasaron al Perú en calidad de esclavos.

Los rebeldes no se atemorizaron con este castigo. Al contrario, llegaron hasta el mismo real español con intencion de incendiarlo. Quiroga salió en persona a una segunda correría que dió por resultado el apresamiento del cacique Juan Leon i otros jefes indígenas. Empalaron los castellanos a este cabecilla, como a Caupolicán, i a sus compañeros los colgaron en los árboles.

Quiroga se propuso dominar por completo a los araucanos i al efecto emprendió una campaña formal, de tala i guerra sin cuartel. Salió de Arauco i llegó a Tucapel; atravesó la cordillera de Nahuelvuta para caer a Puren, desde donde dispuso batidas a las vegas de Lumaco. Continuó por el valle central hasta el Biobío, barriendo cuanto se le presentaba a su paso: reducciones, chozas i sembrados. Quiso regresar a los cuarteles de Arauco pasando la sierra de la costa por Catirai i Marihuenu, dos posiciones formidables de los bárbaros. En el primero de estos lugares, de tan triste memoria para los conquistadores, los

indios se habian atrincherado tras de palizadas que ostentaban a modo de trofeos como un centenar de cráneos de españoles. Despues de algunas arremetidas de Bernal, la division trepó las cuestras i llegó a Andalican el 20 de marzo de 1578. Un grueso ejército indijena se hallaba oculto en Marihuenu. Cerciorado de ello el maestre de campo, los españoles pernoctaron bien cerca de él con las armas al brazo. Al dia siguiente Quiroga, que viajaba en silla de manos por su edad i sus achaques, se hizo montar a caballo i preparó a su jente para la pelea. Bernal mandaba la vanguardia, Ruiz de Gamboa la retaguardia i el mismo gobernador el centro. Al amanecer del 21 «tocaron las trompetas a partir». Bajaron los indios de las alturas i trabaron batalla con toda la línea. Bernal de Mercado, el vencedor de siempre, el alma del ejército castellano, da una série de mortíferas cargas contra los escuadrones araucanos, i penetra en ellos, los rompe i los deja atras; Ruiz de Gamboa completa el éxito de la jornada, que cuesta a los vencidos como doscientos muertos.

En vez de calmarse la guerra con estos triunfos, seguia estendiéndose por todo el territorio araucano. En la rejion de la costa, en los valles de una i otra falda de Nahuelvuta, en los llanos del centro i al sur del rio Tolten hasta mas allá de Valdivia, los indios se hallaban en estado de completa rebelion. Ruiz de Gamboa en el sur, desde Valdivia, i Quiroga en el norte, hacian esfuerzos por perseguir i desbaratar a un enemigo que no se presentaba a combatir i que con su táctica de sorpresas i fugas iba cansando i destruyendo poco a poco el ejército español.

Con todo, mientras que Ruiz de Gamboa se sostenia en el sur, Quiroga se apresuró a tomar la ofensiva en noviembre de 1578. El gobernador salió hácia el sur al frente de doscientos cincuenta hombres, atravesó la cordillera marítima por Puren i acampó en Guadava, estrecho valle mas o ménos equidistante de Angol i Lumaco i que contenia una abundante poblacion indijena. En la misma noche los indios lo asaltaron repentinamente i llegaron hasta arrebatarle algunos toldos o tiendas de su campamento. Rehechos sus soldados de la primera turbacion, rechazaron sin embargo a los asaltantes. Tuvo que la-

mentar no obstante el gobernador la muerte de su sobrino Rodrigo de Quiroga, mozo valiente i de esperanza, que sucumbió asesinado por un tiro de arcabuz que en la refriega le dispararon dos soldados, ahorcados por su crimen.

Corrióse de aquí hácia Angol i destacó al norte a Bernal de Mercado a encontrar al teniente gobernador Gonzalo Calderon que marchaba desde Santiago con cien hombres bien equipados. El maestre de campo tuvo que resistir un ataque de gruesas partidas de bárbaros que lo asaltaron en su alojamiento; pero, previsor i arrojado en toda ocasion, las rechazó, mató a muchos indios i castigó a los prisioneros con esa crueldad que lo distinguia tanto como su valor.

A la situación precaria i alarmante de la colonia de Chile por la guerra del sur, vino agregarse la presencia de los corsarios ingleses en el Pacífico i hasta su aproximacion a la Araucanía. Efectivamente, Drake, su jefe, tocaba en noviembre de 1578 en la isla de la Mocha, de donde, rechazado por los indios que la habitaban, siguió al norte (1).

Este suceso causó en el ánimo del gobernador un verdadero espanto; veía un peligro real para el reino confiado a su direccion. No vaciló un instante en defenderlo con toda actividad i enerjía; escojió, pues, ochenta soldados del ejército del sur i partió a marchas forzadas para Santiago desde Angol, valetudinario como estaba. A fines de diciembre de 1578 llegaba al término de su viaje.

Los afanes de la defensa del país i las penalidades de la marcha precipitada que tuvo que hacer, postraron su salud hasta imposibilitarlo de toda accion directiva. Confió por este motivo el mando en jefe del ejército a su yerno Ruiz de Gamboa i el puesto de maestre de campo a Bernal de Mercado. Estuvo postrado varios meses en su lecho de enfermo, ajeno a los negocios públicos i entregado solamente al mas excesivo misticismo. Falleció por último el 25 de febrero de 1580, a la edad de ochenta años. Su muerte produjo un sentimiento jeneral en la colonia; porque contaba con mayor número de amigos que adversarios, debido quizas a sus cuarenta años de resi-

(1) BARROS ARANA, tomo II, pág. 131.

dencia en Chile i a su cuantiosa fortuna, que permitia hacer algunos favores a sus parciales i muchos donativos a los conventos. A diferencia de los demas conquistadores, Quiroga murió rico.

Desde 1573, el rei Felipe II lo habia autorizado para que designara la persona que debia sucederle en caso de fallecimiento. Haciendo uso de esta autorizacion, al principiar la campaña contra los araucanos en 1577, espidió una provision en que encomendaba el gobierno a Martin Ruiz de Gamboa, su deudo, i el hombre de toda su confianza. Esta pieza existia en el archivo del cabildo de Santiago. Inmediatamente que murió el gobernador, la corporacion mandó emisarios al asiento de Chillan, donde se encontraba Ruiz de Gamboa ocupado en trabajos de fortificaciones que habia comenzado desde el año anterior. Como se viera detenido éste por el momento, con motivo de ciertas medidas que tenia que tomar en cuanto a la seguridad del fuerte recién construido, hizo adelantarse a dos comisionados hácia las ciudades del norte para que prestasen a su nombre el juramento de costumbre.

Debía sancionar esta designacion el virrei del Perú. Este majistrado, oyendo sin duda las insinuaciones de los adversarios del gobernador interino, retardó mas de un año en llenar esta fórmula. Hai que recordar que estos informes officiosos nunca faltaban entre los fundadores de nuestra nacionalidad, tan apasionados i siempre tan poseidos de la ambicion.

Luego que hubo tomado las medidas que lo retuvieron en Chillan i de haber guarnecido la nueva fortaleza con noventa hombres, partió a toda prisa para Santiago.

Quedaba en el sur como jefe de estado mayor o maestre de campo el capitan Juan Alvarez de Luna; porque Bernal de Mercado, pretestando la obesidad de su cuerpo i su mala salud, habia pedido su retiro del servicio desde ántes que muriese Quiroga, disgustado por la falta de organizacion, la escasez de la tropa puesta a sus órdenes i por la enemistad que habia surjido entre él i Ruiz de Gamboa.

Los indios no cejaban un punto en su porfia de resistir a los españoles. Los del norte del territorio araucano llegaban en su osadia hasta pasar el Biobio para combatir a los sometidos.

Bernal de Mercado tuvo que atacarlos mas de una vez por la espalda. Los del sur del Tolten se hallaban asimismo en plena efervescencia: deshechos en algun lugar, huian para juntarse otra vez en los bosques impenetrables de esa rejion o pasaban al otro lado de los Andes para reorganizarse. Sabian que, si se rendian, les esperaba una suerte bien dura, o los trabajos pesados de las encomiendas o la esclavitud en las provincias septentrionales, i no querian por cierto cambiar su libertad por un so:iego ignominioso. Habian conseguido amedrentar ademas a los soldados españoles, por estar éstos persuadidos de que esos naturales empleaban flechas envenenadas con extractos de yerbas i raices, especialmente con el jugo lechoso de la planta *colihuai* (*coliguaya odorifera*).

En Santiago el gobernador prestó atencion preferente al estudio del sistema defectuoso de repartimientos; quiso establecer una reforma radical sobre el particular. El rei habia ordenado reemplazar el servicio obligatorio de los indijenas por un tributo pecuniario, proyecto que no fué posible implantar atendiendo al estado de guerra i de barbárie que dominaban en Arauco. Sin embargo, Ruiz de Gamboa se propuso concluir con los abusos de los encomenderos, que nunca se habian ceñido a la ordenanza de Santillan, i dictó al efecto otra que los historiadores mencionan con el nombre del autor, "tasa de Gamboa". En ella se sustituia el servicio personal de los naturales encomendados por el pago de una contribucion en dinero de nueve pesos anuales por cabeza en el obispado de Santiago i siete en el de Imperial, i se creaban los cargos de correjidores de indios, encargados de vijilar la recta aplicacion de sus disposiciones. Con el tributo se formaba la renta de los encomenderos i se pagaba a los funcionarios anteriores.

Mas, la ordenanza del gobernador iba a ser completamente ineficaz por la oposicion combinada de todos. Los encomenderos abrieron campaña de descrédito contra el gobernador i su plan, por ese medio de informaciones privadas tan del agrado de la corte de España i de los virreyes del Perú. Los obispos encontraron excesiva la contribucion i pedian su reduccion, i los mismos indios no se daban cuenta cabal del alcance de la reforma,

porque si quedaban libres, no pagaban ningun tributo i se entregaban a sus hábitos de ocio. Un sistema tributario de tal naturaleza habría requerido de parte de los araucanos una cultura incipiente siquiera, que no tenían, i que les hubiera permitido dar mas desarrollo a sus cultivos agrícolas, dedicarse mas al trabajo i saber apreciar los beneficios del cambio de especies, no estimulado tampoco por los españoles. El hecho es que la «tasa de Gamboa» no se llevó a la práctica i que las cosas quedaron en su mismo estado de ántes.

Libre de las ocupaciones administrativas, con particularidad de las que le impuso el arreglo de su ordenanza, salió al sur a ponerse a la cabeza del ejército de operaciones. De paso por el fuerte que habia levantado en la parcialidad de los indios *chiquillanes*, que habitaban desde el llano hasta la falda de los Andes, fundó una poblacion, el 25 de junio de 1580, que denominó «San Bartolomé de Chillan i Gamboa». La pobló con cincuenta españoles i sesenta que habia en el fuerte i la dotó de todo lo que formaba la base de la cultura española: una iglesia, el rollo para el tormento i el cabildo.

Llegó el gobernador en su viaje a las poblaciones australes hasta Valdivia i Osorno, de donde tuvo que volver a Santiago con toda rapidez en mayo de 1581, acompañado de cuarenta hombres i afrontando las penalidades de un invierno sumamente crudo. Iba a desbaratar una conspiracion que se fraguaba en su contra encabezada por el teniente gobernador Lope de Azócar. Aprovechándose este funcionario de la impopularidad que le habia traído a Ruiz de Gamboa su ordenanza, se dió a intrigarlo con ese desborde apasionado que caracterizaba a los rivales de los gobernadores i aspirantes a reemplazarlos. Esto era lo que pretendía Azócar.

Apremiado Ruiz de Gamboa por las exigencias de la guerra, dividida ahora en «guerra antigua» o del territorio propiamente araucano i «nueva» o de la rejion del sur, despachó a Santiago desde Imperial a Pedro Olmos de Aguilera, capitan i rico encomendero, con el encargo de levantar entre los vecinos de Santiago un nuevo contingente de hombres equipados. Negóse el vecindario a satisfacer los deseos del gobernador, i su segun-

do, Lope de Azócar, llegó hasta el extremo de mandar reducir a prision a Olmos de Aguilera, quien tuvo que refugiarse en la iglesia de la Merced para evitar el vejámen.

Al acercarse Ruiz de Gamboa a Santiago, salió a recibirlo el cabildo presidido por el teniente jeneral. En cuanto el gobernador se acercó a éste le dijo: «Sed preso en nombre del rei», i como pidiera ahí mismo garantías por su puesto independiente de otra autoridad, dos oficiales lo derribaron de la mula que montaba i lo condujeron en calidad de reo a la poblacion. Con el respectivo proceso, Ruiz de Gamboa lo envió al Perú.

Una vez que se calmaron los áminos, juntó una partida de ciento cincuenta hombres i volvió al sur en la primavera. Supo al llegar a Chillan que el capitan Miguel de Silva habia derrotado a los indios de las inmediaciones. Haciendo campeadas i reforzando las guaniciones de los pueblos, llegó hasta Valdivia.

En esta entrada que hizo a las rejiones australes el gobernador, comisionó al capitan Juan Alvarez de Luna para que llevase a efecto una correria por el lado de los Andes, hácia la zona de los lagos. Alvarez de Luna era un militar hidalgo, de valor i de méritos, que habia venido a Chile con un galeon equipado a su costa con armas, ropa i algunos hombres de su servidumbre, en los meses que siguieron a la muerte de Pedro de Valdivia. Ofreció sus servicios a Francisco de Villagran i se incorporó al ejército, en el cual habia prestado hasta ahora valiosos servicios.

En esta espedicion se metió resueltamente hasta los mismos valles andinos del este de Valdivia en busca de juntas de indios que desbaratar. Sabiendo que en el lago Pirehuaico se habian refugiado muchos a prepararse para pelear, llegó hasta sus riberas, tomó algunas frájiles canoas i con una parte de sus soldados las tripuló i bogó para el centro. Cerca de la orilla opuesta le salieron los indios en gran cantidad de canoas i dieron sobre él i su jente con inaudita resolucion. Algunas de estas pequeñas embarcaciones se dan vuelta i los combatientes caen al agua; el mismo Alvarez de Luna combate con el agua hasta la cintura. Vence al cabo a los bárbaros i se apodera de sus canoas, pero lo sorprende una tempestad i tuvo que guarecerse

en una isla, en la que estuvo tres días sin comer. Volvió después a su cuartel (1).

Mientras tanto Felipe II había nombrado en marzo de este año, 1581, a don Alonso de Sotomayor en reemplazo de Ruiz de Gamboa. El rei prestó al fin oído a las acusaciones que le llegaban contra el último, tanto por la incapacidad de su vejez, cuanto por los errores de su administracion i por su parcialidad para repartir entre sus deudos los empleos i las encomiendas. Pero al destituirlo hizo con él una distincion no usada por el déspota monarca: le concedió una pension vitalicia equivalente a la mitad de su renta.

Era Sotomayor un militar que se había distinguido en la guerra de los Países Bajos. Como capitán de lanzas españolas, su nombre gozaba de bien conquistada fama, por las comisiones que había desempeñado, las batallas a que había asistido i las huellas de heridas mortales que ostentaba en su cuerpo. A la fecha de su nombramiento, su edad no pasaba de treinta i cinco años. Por consiguiente, era el gobernador mas joven de todos los que habían rejido los negocios de la colonia.

- Creíase en la corte que un militar valiente, aguerrido i de inteligencia como éste, sabría dominar la resistencia de los araucanos, inesplicable i deshonrosa vista a la distancia.

Con su nombramiento en el bolsillo i la autorizacion respectiva, Sotomayor se trasladó a Trujillo, su tierra natal, desde donde mandó comisiones a diversos lugares para que levantasen una recluta forzosa o "leva," como se decía entónces, a fin de traer a Chile un refuerzo de consideracion. Se sabía en España que, mientras el empuje castellano arriaba en todas partes de América a las tribus indíjenas como manadas de corderos, existía un país poblado por una raza belicosa i fiera, llamada araucana, que prefería su estincion a la pérdida de su libertad. Así es que, por este motivo i por el temor de tantos otros peligros que ofrecía un viaje al Nuevo Mundo, los campesinos huían de sus hogares a la aproximacion de los ajentes del rei. Con todo, consiguió reunir mas de seiscientos hombres.

Después de muchos riesgos i naufragios de la escuadra que

(1) *Documentos inéditos*, tomo XXIV, páj. 396.

conducía esta jente, Sotomayor desembarcó en Buenos Aires para trasladarse por tierra a Chile. Para apresurar su viaje, dejó la tropa en Santa Fé i se adelantó con algunas personas de su confianza hasta Mendoza, adonde llegó en abril de 1583. Habiendo encontrado cerrada la cordillera, se propuso esperar en este pueblo a la fuerza expedicionaria. Arribó ésta al fin despues de haber vagado por las pampas i de estar a punto de perecer, desabrida, fatigada i reducida a poco mas de cuatrocientos hombres (1).

A pesar de las dificultades que presentaba el pasaje de la cordillera en pleno invierno, dos emisarios del gobernador la atravesaron en el mes de julio i llevaron comunicaciones del gobernador al cabildo, en que designaba a cinco vecinos respetables para que se hicieran cargo del gobierno mientras él llegaba. Entre ellos figuraba como correjidor i teniente gobernador, Lorenzo Bernal de Mercado, i todos eran adversarios decididos de Ruiz de Gamboa. En setiembre del mismo año, 1583, don Alonso pasó los Andes por Uspallata e hizo su entrada solemne a Santiago el día 19 de este mes. La impopularidad de su antecesor, por sus reformas de las encomiendas, contribuyó a que su llegada fuese recibida con entusiastas manifestaciones de contento.

No satisfizo a Sotomayor el estado de la colonia. Su pobreza lo asombró i la insuficiencia de la tropa que se podía reunir, lo obligaron a mandar a Lima al capitan Pedro de Lisperguer en solicitud de otro refuerzo. Sobre todo, disgustóle la animadversion que dividía a los españoles en dos bandos enemigos.

Aunque quiso sustraerse a la influencia de unos i otros, las personas con quienes se intimaba i algunos actos de su administracion lo arrastraron al lado de los adversarios de Ruiz de Gamboa. En consecuencia, el ex-gobernador tuvo que sufrir en malas condiciones el juicio de residencia. Multitud de acusaciones abrumaron a este servidor de la corona, i se le encargó reo en las casas del cabildo de Santiago; pero, destruidos los cargos principales, se le puso en libertad primero i en seguida

(1) BARROS ARANA, *Historia*, tomo III, pág. 22.

se le absolvió definitivamente. No contento con los vejámenes de que había sido víctima, elevó al rei algunas representaciones para vindicarse i aun intentó ir a España con este objeto. Sin embargo, siguió viviendo en Santiago.

Una de las primeras medidas de trascendencia que tomó Sotomayor fué la de abolir la "tasá de Gamboa," que suprimia el servicio de los indios, bien que de hecho la habian suprimido los encomenderos. La derogó en el obispado de Santiago i la modificó notablemente en el de Imperial, donde el obispo no aceptaba en todas sus partes la supresion de la ordenanza.

Como militar, el gobernador se preocupaba en especial del ejército i de una próxima campaña. Habia traído consigo algunos capitanes de gran valer i que debian desempeñar mas tarde un papel importante en la contienda ya célebre contra los araucanos; tales eran su propio hermano mayor don Luis, Francisco del Campo i Alonso García Ramon. A pesar de sus vehementes deseos de salir cuanto ántes a pacificar el territorio de Arauco i de contar con tan buenos auxiliares, tuvo que retardar la movilizacion de sus tropas por algunos meses a causa de la escasez de todo jénero que lo reducía a la inactividad, es decir, de vestuario, municiones i armas. No obstante, a fines de diciembre de 1583 partió una columna de doscientos arcabuceros bajo el comando de su hermano don Luis de Sotomayor.

Recorrió esta fuerza todo el territorio sublevado, por el valle central, desde Chillan hasta Osorno, sin poder librar combates serios, que los indios evitaban, i concretándose a ejecutar "corredurias," como se denominaban en el lenguaje militar de ese tiempo las correrías; a destruir sembrados, quemar habitaciones i "hacer piezas" o tomar cautivos por los caminos. Solamente el vencedor de siempre, Lorenzo Bernal de Mercado, otra vez en servicio activo, obtuvo una victoria de mayor importancia.

El gobernador habia obtenido noticias de la existencia de minas de plata en la cordillera del este de Angol. Halagado con la esperanza de adquirir dinero para hacer frente a los gastos de la guerra, despachó a este jefe a esos lugares para que las descubriese. A su regreso, los indios se congregaron para atacarlo, i a no ser por el auxilio oportuno de Pedro Cortés Mon-

roi, que habia corrido en esa direccion a "hacerle espaldas," habria sido derrotado por primera vez (1).

En la primavera del año siguiente pudo salir él mismo a campaña con un cuerpo de tropas regularmente equipado. Lo acompañaba como teniente i consejero Lope de Azócar, que habia regresado a Chile despues de su destierro al Perú. Avanzó hasta Quinel, donde estableció "el real.". No entendiéndose sus capitanes en el plan de operaciones, ordenó, obedeciendo a su propio dictámen, que se llegase hasta Angol.

De los trescientos noventa soldados con que llegó a esta ciudad, destacó ciento cincuenta para que practicasen una campearada bajo la direccion del sarjento mayor Alonso García Ramon. Llevaba instrucciones este jefe de no perdonar la vida a nadie i de talar cuanto encontrase en pié. Durante varios dias recorrió las tribus descuidadas i volvió por fin al cuartel sin otro fruto que la rapiña de la soldadesca i la matanza de doscientas personas, entre las cuales se contaban niños i mujeres.

A la raiz de este golpe, apartó Sotomayor doscientos ochenta soldados i cayó sobre las indias de Puren, trasmontó la cordillera marítima i recorrió la zona de la costa, desde Tucapel hasta Arauco. Aun cuando no halló resistencia formal en ninguna parte, hizo matar o cortarle las manos a cuanto indijena encontró a su paso; porque su plan de guerra consistia en estos dos puntos capitales: reforzar la guarnicion de los fuertes i ciudades i aterrorizar a los araucanos con tremendos castigos, esterminarlos, en cuanto fuese posible. Mas, con todo esto no se dejaban conquistar los naturales i huian a los montes inaccesibles a esperar el alejamiento de los españoles para volver al lugar de sus habitaciones, reducidas a cenizas.

En esta jornada cayó prisionero el mestizo Alonso Diaz, que habitaba entre los indios hacia diez años, como jefe que "les

(1) Bernal era mui conocedor de la frontera, en especial de la jurisdiccion de Angol, porque en ella tenia su inmensa encomienda. Estendiase ésta desde el sur de la ciudad hasta cerca de Puren i comprendia los *levos* o parcialidades dilatadas de Curape, Nininco i Guadava, i por el norte los de Chihimo i Coyunco, este último de indios mui belicosos. Perteneció primero esta encomienda al conquistador Diego Cano i despues de su fallecimiento se concedió a Bernal.

daba muchas industrias para cómo debían hacer la guerra" (1). Acechando a los españoles, cansándolos mañosamente, Díaz los atacó una ocasión de improviso a la salida del valle de Arauco; bien que con éxito al principio, su banda concluyó por dispersarse i dejar a su cabecilla en manos de los capitanes castellanos. Parte principal tomó en este encuentro Pedro Cortés Monroí, que mandaba una compañía de jinetes i que figuraba entre los oficiales a quienes consultaba Sotomayor por su experiencia en estas guerras i su conocimiento del territorio. Se utilizó al mestizo prisionero en arrancarle algunas noticias referentes al estado bélico de los araucanos. Entre otras, confesó que vivían en Talcamávida un español Jerónimo Hernández, diestro arcabucero, i un mulato, que instruían a los indios en los secretos de la milicia. Una partida de caballería logró tomar al primero, mas no al segundo que se botó a nado al Biobío. Como sospechasen los españoles de la lealtad del caudillejo Díaz, lo condenaron a la pena de la horca.

Abriéndose paso a punta de lanza, atravesó el gobernador la cordillera de Nahuelvuta por Mareguano, como se llamaba en la jeografía española su cabezal del norte, i llegó a Angol el 9 de enero de 1584.

Sotomayor, con el alcance de un militar veterano, llegó convencido de que esta guerra de escaramuzas, hecha en un territorio quebrado i montañoso i a un enemigo tenaz i valiente, era imposible para un ejército reducido i desastrosa para el erario real. En su concepto, se requería un cuerpo numeroso de tropas i mejores elementos para dominar el inquebrantable teson de los bárbaros. Bajo esta convicción, envió al Perú en busca de recursos al capitán Juan Alvarez de Luna i escribió al rei haciendo igual petición.

En el curso de su administracion, este gobernador practicó sin embargo dos incursiones a las tierras de los indios rebeldes.

En la primera se movió en el verano de 1585, de Angol a Mareguano, despues de haber rechazado un vigoroso ataque nocturno que llevaron los naturales a la misma ciudad. Lo

(1) *Documentos inéditos*, tomo XXIV, páj. 150.

acompañaban ahora como las figuras mas sobresalientes del ejército el sarjento mayor Garcia Ramon i Cortés Monroi, el hombre necesario de estas jornadas i eximio conocedor de las estratajemas araucanas i del terreno, "el soldado mas diestro en demarcar la tierra" (1).

Se hallaba acampado el real castellano en un paraje del levo de Mareguano. Una noche se presentaron los araucanos i cargaron sobre él; habian avanzado triunfantes ya hasta el centro o la plaza de armas, cuando Cortés abandona su cuartel, los toma de flanco, los empuja fuera i los lancea hasta el campo vecino (2).

En esta misma comarca, por el lugar llamado Millapoa, Sotomayor hizo levantar dos fuertes a las orillas del Biobio, uno en la márjen del sur i otro en la del norte, designados respectivamente de "la Trinidad" i "Espíritu Santo" i destinados a servir de base a las correrías que comenzaron a ejecutarse a ámbos lados. De aquí llevó el gobernador sus lanzas i sus arcabuces a "Angol el viejo", Huequen en la actualidad; Guadaba i Puren, donde construyó asimismo otro fuerte. Enderezando acto continuo su columna hácia el este, se encaminó por el rio Malloco, hoi Malleco, hasta los primeros contrafuertes de la cordillera de Pemehue, a fin de sorprender a los desprevenidos indíjenas i de "cortar sus comidas" o arrancarles sus plantaciones de maiz u otras semillas. En una de las muchas correrías que en esta escursion tuvieron que hacer los oficiales, se fracturó el brazo derecho Pedro Cortés, a consecuencia de una vuelta de a caballo que se dió al correr en auxilio del sarjento mayor Tiburcio de Heredia (3).

En esta rejion la resistencia no se presentaba todavía tan peligrosa como en la de la costa, donde, por la abundancia de recursos que ofrecia el mar, la poblacion se habia hecho mas densa. Por eso un escritor de la colonia da esta noticia: "Las tierras mas distantes del mar estan ménos habitadas: puede

(1) *Documentos inéditos*, tomo XXIV, páj. 281.

(2) Id. id. páj. 161.

(3) *Documentos inéditos*, tomo XXIV, páj. 150.—AMUNÁTEGUI SOLAR, *Un soldado de la conquista*.

ser la causa que el indio en cuanto es posible no quiere vivir de su trabajo, ni granjear de la tierra el alimento, gratificándola con el beneficio de la cultura, i tambien puede ser que los retraiga de estos parajes el daño que en ellos padecen los ganados de los leones (*felis concolor*), que en estos bosques vagan como salteadores en cuadrillas» (1).

Los naturales de la jurisdiccion de Angol, principalmente los del lado de la cordillera oriental, aparentaron someterse en la primavera de 1585 i pidieron la paz. Sotomayor creyó en esta sumision, que no era sino un pretexto para darse tiempo de cosechar i esconder sus semillas.

Desde ántes de estos sucesos militares se desarrollaban otros semejantes en las rejiones comprendidas entre el Tolten i Osorno. Sus soldados habian escaramuzado en toda la tierra enemiga sin conseguir dominar el furor bélico de estos bárbaros tan pacíficos en otro tiempo; al contrario, tomaban de ordinario la ofensiva ya atacando algun fuerte o atrincherándose en alguna altura, ya sorprendiendo cerca de las ciudades algunos españoles, ya arrebatándoles sus ganados o quemándoles sus sembreras.

Desesperado se encontraba Sotomayor con esta resistencia tan jeneral i prolongada, que no podia aplastar por falta de hombres i elementos. Quiso insistir en su anterior peticion; llamó a su hermano i lo comisionó para que partiera al Perú i en seguida a España a reiterar el envio de los recursos que necesitaba,

En la tarde del 24 de febrero de 1586 entraba el gobernador a la poblacion de Angol. En la misma noche los indios auxiliares, de acuerdo con los de guerra, incendiaron las habitaciones de techo pajizo en que dormian. Simultáneamente los de afuera caian sobre la ciudad por distintos puntos. La hora del suceso, los estragos de las llamas, el estrépito i arrojamiento de los asaltantes, todo causó en los soldados de la guarnicion un temor excesivo; algunas cargas mortíferas arrojaron a los araucanos a los campos vecinos. A no ser por la casual llegada de Sotomayor, el pueblo i sus habitantes habrian desaparecido.

(4) OLIVARES, páj. 127.

El fuerte de Puren resistió también varias embestidas. Considerándose impotente el destacamento que lo defendía, se replegó a Angol. Dábale, pues, malos resultados al gobernador su plan de multiplicar los fuertes sin dotarlos de las fuerzas necesarias.

La presencia de los corsarios ingleses en las costas del Pacífico al comenzar el año 1587, llevaron la atención i la actividad del gobernador a la defensa del país por el norte. Se trasladó a Santiago, i durante dos años se mantuvo a la defensiva en la frontera, que continuó visitando los veranos. Mientras duró este reposo relativo i obligado de las armas castellanas, ocurrían a menudo, aunque no peleas formales, encuentros, escaramuzas i aun ataques.

Las alarmas causadas por el arribo al mar del sur de los buques corsarios, obligaron a las autoridades del Perú a enviar a Chile el refuerzo tantas veces pedido. En 1588 llegaron en efecto trescientos hombres que conducían los capitanes Luis de Carvajal i Fernando de Córdoba. Pero este contingente era escaso en el sentir de Sotomayor para abrir una campaña decisiva; se propuso, en consecuencia, esperar el que debía llegarle de España. La corte se resolvió por fin a remitir a Chile un cuerpo auxiliar de setecientos hombres, que partieron de Cádiz en 1589 en una flota que conducía también al nuevo virrey del Perú i antiguo gobernador del reino don García Hurtado de Mendoza. Al llegar a Panamá encontró este funcionario las naves que todos los años trasportaban desde el Perú a la Península el tesoro real, i temiendo una sorpresa de los ingleses, hizo que se embarcaran en ellas con el jefe que los mandaba, don Luis de Sotomayor.

En lugar de éstos, ordenó que se levantara un enganche en Panamá mismo. Solo cerca de doscientos aventureros concurren a alistarse. Cuando Hurtado llegó al Perú, completó dos compañías con esta jente, que de malas ganas salieron para Chile en diciembre de 1589. Según las instrucciones del virrey, desembarcaron en Concepción en el mes de febrero del año siguiente. Desanimado quedó Sotomayor cuando le llegaron doscientos hombres de esta clase en vez de los setecientos que esperaba. Como tenía que cumplir de todas maneras las

órdenes del virrei, que se daba como mui entendido en los negocios de Chile, para abrir una campaña enérgica i decisiva, quiso aumentar su ejército i pidió auxilio de tropas a las ciudades del reino, las que cooperaron a la medida de sus circunstancias. De este modo alcanzó a reunir en el mes de noviembre de 1590 en el pueblo de Angol quinientos quince soldados españoles i criollos, todos bien equipados i doscientos cincuenta con arcabuces. Preparóse, por lo tanto, para iniciar su tercera campaña. Obedeciendo a sus deseos, vino a reunirse Pedro Cortés Monroi desde la Serena, donde se curaba aun la herida del brazo.

El gobernador movió su ejército a la comarca a que se daba entónces el nombre de Talcamávida, al sur del Biobio i en el actual asiento de la villa de Santa Juana. Trasmontó los cerros que la rodean, las montañas de Catirai, i encimó el espolon que arranca de la falda occidental de Nahuelvuta i baja hasta la ensenada de Arauco, llamado de Mareguano i mas propiamente Marihuenu. Siguiendo esa direccion llegó a la célebre cuesta de Villagran, que los indios denominaban Laveman (lado estendido). Los araucanos habian construido aquí un fuerte, i con el propósito de atraer a los españoles a puntos peligrosos, se desprendieron algunas partidas.

Los capitanes castellanos comprendieron el ardid i sin precipitar la accion, dejaron sus bagajes en lugar seguro, formaron su línea, practicaron reconocimientos i por último emprendieron el ataque. Cortés iba a la vanguardia i por consiguiente fué el primero en cargar contra los numerosos grupos de indígenas. Corrieron en su auxilio los demas capitanes i entre todos los arrojaron a las alturas i de aquí mismo los pusieron en fuga i les causaron no pocas bajas. Los españoles no tuvieron que lamentar sino la pérdida de un oficial de oríjen portugues, muerto casualmente por un soldado (1).

Despues de este triunfo, descendió Sotomayor hasta el sitio en que estuvo asentado el antiguo fuerte, en cuyas cercanías lo reconstruyó con el nombre de "San Ildefonso de Arauco" en febrero de 1591. Avanzados los trabajos de fortifica-

(1) *Documentos inéditos*, tomo XXIV, páj. 292 i otras.

cion, se desprendió del campamento una division al mando del maestre de campo Alonso García Ramon i de Pedro Cortés, "por ser el hombre que mas sabia en aquella tierra". Ambos llevaron la guerra a las tribus de Lavapié i de la isla Santa María i las redujeron en breve a la obediencia i la quietud.

Por escasear los víveres, salió en persona el gobernador en direccion al sur a "buscar comidas", llevando consigo al indispensable Cortés Monroi i cerca de ciento ochenta soldados. Recorrieron los distritos de Tucapel, Cañete i Pilmaiquen, i lograron hacer abundante acopio de ganado i cereales. Volvieron por el camino del mar. Cortés venia con una compañía a cargo de una numerosa récua de caballos cargados con provisiones, que estuvo a punto de perder en Molhuilla o Morgüilla por haberse ido a estrellar con una junta como de seis mil araucanos. Peleando en retirada, sacó su ganado a mejor camino i a los bárbaros de sus posiciones. Cuando éstos marchaban en su seguimiento sin órden ni disposicion, vuelve cara sobre ellos, i al grito de "¡Santiago!" los ataca con rapidéz, los detiene, mata a los primeros, los revuelve i se da tiempo para retirarse i unirse a Sotomayor, que se encontraba en otro paraje. A no ser por la habilidad de este capitan, toda la division espedicionaria habria perecido, batida en fracciones (1).

El gobernador siguió su camino i llegó a encerrarse al fuerte de Arauco. La viruela, que se habia naturalizado en Arauco i que este año recrudescia con estraordinario rigor i hasta dañar a los mismos españoles, sosegaba un tanto a los indios, mas no hasta el estremo que cesaran las correrias i emboscadas de uno i otro campo.

Esta guerra estraña, interminable, sostenida por salvajes porfiados i sanguinarios, hacia flaquear el ánimo i agotaba la paciencia del arrogante capitan de los tercios de Flandes. Moles-to hasta la desesperacion, despachó para el Perú a su maestre de campo García Ramon en solicitud de otro auxilio de tropas i a fin de que una persona de su representacion i valer espusiera al virrei el estado de las cosas de Chile, el tedio de una lu-

(1) *Documentos inéditos*, tomo XXIV, páj. 240.

cha tan larga, los peligros futuros i para que pidiera trescientos hombres, vestuario, municiones i un navío.

En julio de 1591 llegó a Lima el comisionado de Sotomayor i espuso al virrei de todas las circunstancias de su mision. Hurtado de Mendoza no se negó al principio a mandar el refuerzo de trescientos hombres que se le pedia, pero tropezó con la dificultad de no hallar jente que quisiese venir a un pais de tan triste fama como Chile. Por esta razon solo pudo equipar ciento seis hombres que entregó a García Ramon para que los trajese en dos buques por la vía de Concepcion.

Nuevo desengaño de Sotomayor. Con tan escasa fuerza no era posible realizar el plan del virrei, recomendado con apremio, que consistia en fundar en el corazon de Arauco plazas fortificadas i poblaciones defendidas con sólidos destacamentos. No vió otro medio de conseguir mayores recursos que ir él mismo en persona a solicitarlos. Para poner en ejecucion su proyecto, confió el mando durante su ausencia al teniente gobernador i justicia mayor don Pedro de Viscarra, i puso las fuerzas de las ciudades australes a las órdenes del coronel Francisco del Campo i las de Arauco a las del maestro de campo García Ramon.

En julio de 1592 se embarcó en Valparaiso para el Perú, adonde llegó al mes de navegacion. Cuando estuvo en Lima, supo que su majestad Felipe II lo habia separado del gobierno de la colonia i nombrado en su lugar al caballero de la orden de Calatrava don Martin Oñez de Loyola.

Volvió a Chile únicamente a someterse al respectivo juicio de residencia, que se sustanció sin las graves acusaciones que habian atribulado a sus antecesores, pues mas que administrador, fué militar. Absuelto, se trasladó otra vez al Perú para dirigirse de ahí a España; pero el virrei Hurtado de Mendoza le confió el mando de la provincia de Panamá, amenazada por los piratas ingleses. Continuó prestando aquí sus servicios a su rei, esa entidad del absolutismo español, eternamente ingrata con sus mejores i mas abnegados vasallos.

El maestro de campo no habia permanecido en la inaccion. Desde que llegó con los auxiliares que trajo del Perú i antes que el gobernador saliera del pais, emprendió una escursion al

norte del Biobío, hácia las comarcas de Hualqui i Quilacoya, en compañía de Pedro Cortés. Redujo a la paz a las indiadás que las habitaban i con toda presteza volvió a la costa, para recorrerla hasta Tucapel a sangre i fuego, despues de lo cual regresó al fuerte de Arauco a pasar el invierno de 1592 (1).

CAPÍTULO VI

Segundo levantamiento jeneral.—Destruccion de las ciudades del sur

Don Garcia Oñez de Loyola.—Estado de los negocios públicos a su arribo al país.—Desmoralizacion del ejército.—Los desertores.—Procedimiento de movilizacion.—Otras causas de la indisciplina.—La táctica española.—Los fuertes.—Estado de la milicia araucana.—Primera campaña de Oñez de Loyola al territorio de Arauco.—Sus escursiones posteriores i la fundacion de la ciudad de Santa Cruz.—El gobernador despacha a su secretario a España.—Nuevas correrías a la costa.—Le llega un refuerzo de tropas i emprende otra campaña.—Sitio de Puren.—Otro refuerzo de tropas.—En la primavera de 1598 se dirige a las ciudades australes a preparar otra campaña.—Sale de Imperial a socorrer a Angol.—Se aloja en Curalava.—Descripcion de este lugar.—La sorpresa i su muerte.—El gobernador interino don Pedro de Viscarra.—Sucesos militares.—Destruccion de Santa Cruz.—Don Francisco de Quiñones.—Sucesos militares.—Destruccion de Valdivia, Imperial i Angol.—Don Alonso de Rivera.—Su sistema de conquista gradual.—Sucesos militares.—Destruccion de Villarrica.—Sucesos civiles.—Destruccion de Osorno.—Don Alonso de Sotomayor.—Sucesos militares.—Desastre de Boroa.—Don Alonso Garcia Ramon.—Sucesos militares.—Fundacion de la real audiencia.—Muerte de Garcia Ramon.

Don Martin Garcia Oñez de Loyola era un caballero de la provincia de Guipúscoa, miembro de la órden de Calatrava, que habia venido al Perú en 1568 como capitan de la guardia

(1) *Documentos inéditos* de don J. TORIBIO MEDINA, tomo XXIV, pág. 240 i otras. En la *Historia* del señor BARRIOS ARANA no aparecen algunos encuentros que se consignan en este capítulo i que se mencionan en la citada coleccion del señor Medina por los mismos autores que tomaron parte en ellos, en las informaciones de servicios que rendian para obtener alguna recompensa.

del virrei don Francisco de Toledo. En 1572, en la rebelion que sostenia en la sierra el último vástago de los incas, Tupac Amaru, conquistó la nombradía que le franqueó el paso a mejores empleos. A la cabeza de un cuerpo de vanguardia, alcanzó en esta jornada una victoria contra los indios que se habian parapetado en un desfiladero. Los vencidos huyeron al otro lado de la cordillera a parajes tan ocultos como distantes, donde el capitán guipuscoano les siguió la pista i capturó al descendiente de los incas i a su familia. Triunfal i aparatosamente entró con él a la ciudad de Cuzco i lo entregó a las autoridades, las que, despues de una parodia de proceso, lo decapitaron.

Oñez de Loyola se casó en seguida con una sobrina de este desgraciado personaje, doña Beatriz Clara Coya; obtuvo en recompensa de su hazaña un repartimiento i ejerció el cargo de corregidor en varios pueblos. En la corte se creyó que era el militar llamado a sofocar la rebelion de los araucanos, i Felipe II espidió en consecuencia una real cédula en que lo nombraba gobernador del reino de Chile. Con toda premura se embarcó en el Callao, arribó a Valparaiso en setiembre de 1592 e hizo su entrada a Santiago con el ceremonial de estilo el 6 de octubre (1).

Las halagüeñas esperanzas de triunfos sobre los bárbaros de Arauco, se desvanecieron en cuanto pisó el suelo chileno. Cerioróse pronto de que dominaba entre los habitantes una pobreza tan real como unánime. Los encomenderos habian soportado directamente las gabelas de la guerra; ellos habian contribuido en las circunstancias apremiantes con individuos de su servicio, con armas, caballos i dinero. Hastiados con estos gravámenes, solicitaron del virrei del Perú que pusiera término a la facultad que tenian los gobernadores para imponer a los vecinos "derramas" o impuestos extraordinarios. El marques de Cañete, ateniéndose al dictámen de la real audiencia, despachó esta peticion en favor de los solicitantes.

Se creia que el envio tan frecuente de tropas auxiliares habia creado un ejército permanente que podia evitar el sacrificio de

(1) BARROS ARANA, *Historia*, tomo III, páj. 187.

hombres i de recursos que pesaba sobre los vecinos encomenderos. Mas, el erario real no era suficiente para los gastos que demandaba una regular fuerza armada.

A este inconveniente, que dificultaba la ejecucion del plan de operaciones del gobernador, habia que agregar el de la desmoralizacion del ejército. Efectivamente, una lucha tan prolongada habia relajado la disciplina. Todos temian, en el pais i fuera de él, enrolarse en los cuadros que servian en Arauco; los que se contrataban con tal objeto, solamente lo hacian por el estímulo de la gruesa paga que recibian en el Perú al tiempo de afiliarse, de ordinario cerca de trescientos ducados (1). Pero en cuanto llegaban a su destino, muchos se desertaban i huian al otro lado de la cordillera de los Andes o se aventuraban en frájiles i pequeñas embarcaciones hácia el norte, a pesar de los terribles castigos que recibian cuando se les aprehendia. Otros para eximirse del servicio de las armas, abrazaban la profesion de fraile, que les ofrecia una vida mas tranquila i cómoda.

Las tierras indijenas comenzaban tambien desde esta época a ofrecer un refujio seguro a muchos desertores, que fueron aumentando mas tarde i de quienes habla el cronista Gonzáiez de Nájera en estos términos: «Destos fujitivos algunos son mestizos i parte mulatos i otros legítimos españoles.

«I no pongo en el número destes perniciosos a los pobres cautivos, porque no se mueven jamás a ser traidores a su nacion, y si la ofenden alguna vez, es siendo forzados, según que advertí un día acercándome con nuestra gente a pelear con una junta de los enemigos, donde a un lado della vi que obligaban a palos a un cautivo a que nos tirase con un arcabuz.

«Mucho admira a los antiguos pobladores de Chile, el ver que haya tanto número de fujitivos españoles entre los indios, acordándose que en otro tiempo tenian a gran maravilla haber algun mozuelo mestizo entre ellos huido por algun delito.

«No tienen los indios a los fujitivos españoles en mas estimacion de lo que conocen que les importa su consejo, favor i ayuda, no dejando tambien de aborrecerlos como a españoles,

(1) El ducado era una moneda de oro o de plata que equivalia a 375 maravedis, u once reales i un maravedí.

aunque se agradan de los servicios que les hacen, para lo cual solamente los sustentan; i así se verifica hasta en estos bárbaros, que en todas partes es amada la traicion, pero no el traidor. Porque de tal manera los quieren mal, que para engañar el natural odio que les tienen a fin de poder tratar con ellos sin que les turbe el sentido, la apariencia i muestras de españoles, los obligan desde el principio no solo a que anden descalzos a su usanza, i vestidos hábito, pero a que traigan las barbas peladas como ellos; i porque hasta los nombres que tienen los españoles les dan pesadumbre, les hacen que los muden dándoles otros de los que ellos usan, i no solo a los fujitivos, pero a los cautivos hacen lo mismo, segun dicen los que salen de entre ellos, los nombres que les tenían puestos. A todo esto se sujetan estos desdichados por contentar a los indios, como tambien lo hacen en las demas cosas que ven les son agradables, por lo cual no hai ninguno que quiera hablar en defensa o favor de algun cautivo, aunque lo vea en algun insufrible trabajo. Porque no hai cosa de que mas se acrediten con los indios, que en hacerse en su naturaleza, i mostrarlo en aquellas ocasiones que hacen mas prueba de serles en todo semejantes; i como la principal es el declararse enemigos capitales de los españoles, i esto en ningun tiempo lo manifiestan mejor, que en los trabajos i peligros de los pobres cautivos, vienen a mostrar en sus aflicciones unos corazones duros cuando mas debian enternecerse.

"En pasándose a los indios estos imitadores de sus vidas, i profesores de su perniciosa amistad, todo lo que aquellos bárbaros les hacen, es darles mujer para mas asegurarlos en su compañía, con la cual desde luego los prendan habiéndolos primero muy bien examinado para notar lo que pueden del intento de su ida a ellos. Las mujeres que les dan son españolas de las muchas cautivas que dije tienen en su poder, aunque sean casadas i señoras principales, i los nuevos esposos mestizos o mulatos, los cuales las aceptan aunque saben que los verdaderos maridos son hombres de calidad, i que estan vivos entre los nuestros.

"Son los que los capitanean en sus empresas i acometimientos, i así por su industria han alcanzado los indios victorias de los nuestros de mucha consideracion.

«Demas de las militares, trazas i ayudas que han dado i dan a los indios estos fujitivos, les han hecho fraguas donde algunos que son herreros les forjan hierros para sus lanzas i frenos, i espuelas para sus caballos porque no les falta hierro para todo» (1).

Ya no existia el interes de los repartimientos que obligaba ántes a los soldados a servir gratuitamente. Ahora se les pagaba un salario fijo i se les contrataba por un plazo determinado, que por lo comun no excedia de dos años; otros pertenecian a los continjentes de tropa que salia a las ciudades. Los primeros o los contratados, pertenecian al ejército permanente que guarnecia durante todo el año los fuertes i poblaciones del sur i los segundos eran una fuerza movilizada para las correrias del verano de todos los colonos capaces de cargar las armas, que en el otoño se retiraban a sus hogares.

Entraban éstos en campaña de la siguiente manera: «Lo primero para haber de ir los vecinos a una campeada, han menester comenzar a aperibirse casi desde que se retiran de la antecedente, porque es muí poco lo que les queda que sea de provecho de una para otra; i así comienzan desde luego a domar potros i buscar caballos, empeñándose para comprarlos, i luego van herrándolos i aderezando las sillas i las armas defensivas i ofensivas. Hace cada uno en su casa el matolaje que ha de llevar por lo ménos para seis meses que ha durar cada campeada, como es cocina, bizcocho, harina, manteca, vino i los cueros en que se ha de llevar, las tiendas de jerga para la campaña, arganas, sogas, herraje i herramental para herrar los caballos en la guerra, i finalmente hasta hoces para segar la yerba, con otras mil menudencias enfadosas, porque ninguna cosa de estas se halla ni se vende hecha en Chile, sino que es menester hacerlo cada uno en su casa.

Llegado, pues, el tiempo del verano, se parten los vecinos a servir en aquella guerra sin sueldo ni interes alguno, rompiendo por mil dificultades i desamparando sus mujeres e hijos que todos quedan con tristeza i llanto, viéndolos partir tan léjos a

(1) GONZÁLEZ DE NÁJERA, *Reparo de la guerra de Chile*, páj. 117 i siguientes.

guerra de tanto trabajo i peligro, pues aun en el pasar de los rios del camino se suelen ahogar muchos. Pártense sin poder gozar algun verano de la alegre vista de sus posesiones, i dejan los frutos dellas desamparados en los campos en la sazón que mas requerian la presencia de sus dueños, hallándose siempre ausentes en las cosechas.»

En el camino iban cometiendo toda clase de tropelias, como violaciones i robos de bastimentos, caballos, indios i mujeres. Marchaban en desórden, pero desde la márjen sur del Maule, donde algunos «oficiales mayores» o de graduacion los pertrechaban i proveian de víveres segun la necesidad de cada uno, seguian hasta Concepcion en cuadros mas ordenados i con algunas precauciones prescritas para la marcha de fuerzas regulares.

El sistema de operaciones militares de los españoles consistia en espedicionar al terreno araucano durante los meses de verano para talarles sus campos, incendiarles sus chozas i tomar prisioneros para hacerlos esclavos, con el objeto de obligarlos a pedir la paz, privándolos de sus recursos i aterrorizándolos con los castigos o la cautividad. Estas espediciones se denominaban «campeadas» o «corredurias». Cuando el ejército era capaz de empresas de mayor importancia por su número crecido, se fundaban fuertes i aun poblaciones en las tierras conquistadas.

En estas campañas los soldados sufrían muchas penalidades: hambres, escasez de vestuario, cansancio, enfermedades o heridas, que no se curaban con oportunidad porque no existian entónces hospitales militares, ni siquiera cirujanos ni medicinas.

Completaban el ejército español que maniobraba en Arauco los cuerpos de indios amigos, los cuales se batian al lado de sus señores con igual valor que ellos, trabajaban en los campamentos i cuarteles, conducian los bagajes i cuidaban los caballos. Como espías i correos no tenían iguales por su ajilidad i resistencia para caminar i nadar i por su conocimiento del terreno. Ellos abrian caminos con hachas al traves de los bosques, servian de atalayas en las emboscadas i eran los mas diestros e implacables en destruir las habitaciones i las siembras de las tribus ocupadas.

El peligro de la desercion i la dificultad de hallar jente para esta guerra, forzaban a los jefes a desentenderse de las faltas de subordinacion, de los robos, el juego i la inmoralidad, i les impedian aplicar con todo rigor las ordenanzas militares. Caracteres de más transcendencia revestia esta relajacion en los actos del servicio, es decir, en la poca vijilancia de los fuertes i campamentos, en la falta de órden i precauciones en las marchas i retiradas.

No escaseaban tampoco las especulaciones, a que no eran estraños ni los mismos individuos de tropa, pues al cumplir el plazo de su enganche se llevaban el armamento i lo vendian despues. Así un mosquete se compraba tres i cuatro veces para el ejército con fondos de la caja real.

A causa de esta decadencia de la disciplina i de ser la tropa jente vaga i viciosa recojida en el Perú, en los combates no se desplegaba el antiguo valor castellano. Estos hombres, al decir de un cronista, «eran ignorantísimos en el uso de cabalgar, que aun solo se mantenian dificultosamente en la silla, mucho mas acometidos por un indio esforzado i destrísimo jinete.» Los araucanos derrotaban casi solo con la acometida a aquellos medio españoles, sacados en gran parte de las oficinas (talleres) de Quito i del Cuzco (1). Por esta razon los gobernadores no cesaban de insistir sobre la conveniencia de aumentar en el ejército los soldados españoles de profesion esclusivamente militar.

La táctica de los españoles i su armamento no habian esperimentado un adelanto sensible. Seguian usando las mismas armas de fuego; uno que otro cañon en los fuertes, arcabuces i mosquetes, siendo que de su número i calidad podia depender únicamente la superioridad que necesitaban mantener sobre los araucanos (2). Apénas la caballeria habia mejorado algo bajo la iniciativa de don Alonso de Sotomayor. Este jefe dió mas

(1) OLIVARES, página 88.

(2) Los mosquetes eran armas antiguas de fuego, de mas calibre i prolongacion que los arcabuces. «Las pelotas» o balas tenian doble peso i se disparaban con doble carga de pólvora.

ensanche a los «caballos lijeros» o caballería ménos pesada, en que los jinetes iban armados de coselete, medios quijotes, (armadura que cubria el muslo), manoplas, brazaes, espaldilla, celada abierta, espada ancha, maza al arzon i lanza larga. «Los hombres de armas» formaban la caballería pesada, por el mayor tamaño de las que usaban i por ser la armadura mas gruesa i completa.

Las fortificaciones no estaban todavia bien defendidas con artillería, ni en su solidez i detalles de construccion reunian los requisitos indispensables i usuales en este jénero de trabajos militares.

Un cronista i capitán describe de este modo las obras de defensa que habia en las distintas secciones de la frontera: «Son pues los fuertes que dije en cuanto a su materia, algunos dos o tres de tapias, como lo es el mas principal, que es el de Arauco; pero todos los demas son de palizada, quiero decir, de unos palos los mas derechos que se hallan a mano del sitio donde se fundan con la rustiquez que se cortan, i de grosor indiferente, que con los que mas lo son, serán poco mas que el timon o pértigo de un carro, i de altura de catorce o quince pies, cual mas i cual ménos, los cuales plantados hasta una rodilla o tres palmos, bien firmes, ajuntados unos con otros, van de tal manera haciendo hilera por lo diseñado componiendo i cerrando la circunferencia o espacio del trazado sitio. Los cuales palos vienen a ser las murallas de los fuertes, con otros mas delgados atravesados, que van abrazando por la parte de dentro los plantados, a que llaman cintas, porque ciñen a los otros divididos en cuanto a su altura en convenientes distancias, bien atados con ellos con látigos o correas de cuero crudo de vaca, que son las comunes sogas de aquella tierra. Tienen algunos destes fuertes por la parte de dentro otra palizada la mitad mas baja que la de fuera, distante de ella cinco o seis pies, el cual hueco o vacío de entre la una i la otra se terraplena todo a la redonda de fajina i tierra, de manera que el tal terraplen viene a servir de muralla al fuerte, donde se pasean las rondas i se ponen los convenientes centinelas, i de donde, finalmente, se pelea i está a la defensa detras de los débiles i flacos parapetos, que es lo que sobrepuja

la primera i principal palizada de defuera, a cuya causa en los combates hieren i matan los enemigos muchos soldados con sus largas picas por entre los palos.

La forma, figura o traza que tienen estos fuertes, es comunemente cuadrada con algunos traveses, i en su grandeza diferentes, respecto de la guarnicion que los ha de sustentar i defender, i comarcano se fundan.

El alojamiento de la jente son barracas de carrizo, materia bien apta al fuego, por lo que están estos fuertes con sus murallas mui sujetos a incendios, i de la misma son los cuerpos de guardia, dejando en el medio toda la plaza de armas que se puede.

A algunos destes fuertes se les abre foso, conforme es el suelo, de tierra fija o arena; pero de cualquier manera nunca es de consideracion lo que se ahondan, i su anchura para que dejen los enemigos de arrimárseles, cuando los asaltan, sin que sea parte para estorbarlo los muchos hoyos que hacen los nuestros por defuera del foso con agudas estacas, i otras menu-das puntas tostadas de unas cañas duras, macizas i enconosas que hai en aquella tierra, las cualen entierran mui espesas i disimuladas por mas afuera de los hoyos por un espacio del campo, cuyas puntas sirven de abrojos descubriendo por parejo hasta dos dedos; que aunque contra los indios para andar todos descalzos, deberian ser de alguna defensa al fuerte, con todo ello hacen tan poco caso de los tales abrojos, como de lo demas" (1).

Casi nunca se utilizaban los cañones fuera de los fuertes. Los infantes carecian de ordinario de picas i las compañías de estandartes, tambores i trompetas; solo al lado del jeneral en jefe iba un trompetero.

No habia mas oficiales que el capitan, ni existia el servicio de noticias; las maniobras se ejecutaban en medio de la inde-

(1) GONZÁLEZ DE NÁJERA, pág. 181.—Posteriormente emplearon los españoles en sus fuertes los abrojos de hierro, que consistian, segun los ejemplares que poseemos, en tres púas piramidales de nueve centímetros de largo; unidas por su base, forman una sola pieza que, arrojada al suelo, cae siempre con una de las puntas hácia arriba. Los moros de España usaron mucho esta arma en sus guerras.

cision i lo desconocido. El órden en las marchas desaparecia pronto, pues los soldados perdian la formacion para ir a cuidar sus bagajes. Los indios auxiliares marchaban en hileras a la vanguardia.

Alojaba el ejército en sitios despejados i formando un campamento redondo, dentro del cual quedaba la plaza, i frente de ella estaban los centinelas elejidos entre los hombres mas inútiles. Los caballos se ataban en estacas al rededor del campamento. Los soldados tanto en los fuertes como en las ciudades, dormian no en cuadras sino donde querian. Las batallas no se daban con regularidad; eran revueltas i en tropel, sin la direccion del oficial a veces.

En cambio las fracciones armadas de los araucanos, habian ganado notablemente en organizacion i adquirido elementos bélicos, que centuplicaban su poder. Los mestizos, hijos de españoles i de indias, los habian iniciado en el arte de la guerra, como tantos otros pormenores necesarios a su nueva condicion social.

La mayoría de los hombres de las tribus se dedicaban al ejercicio de las armas i formaban grupos militarizados, *linco cona*, que, cuando se movilizaban, constituian un conjunto numeroso, o una especie de ejército, sometido a cierta unidad de mando que practicaban el *toqui* principal i sus tenientes. Estos cuerpos de guerreros poseían ya todos los secretos de la táctica española, que se apropiaron sin dificultad en sus medios de ejecucion i superaron en los ardides (1). Componíanse de infantes, *namuntu cona*, i de jinetes. En algunas jornadas se reunian en este tiempo escuadrones de quinientos o seiscientos individuos de caballería, que, con los de infantería, maniobraban perfectamente en el campo de batalla i desplegaban a veces una línea de combate ordenada i resistente, con sus fuerzas de reservas. Los piqueros se formaban en falanjes de profundidad variable i entre estos, los flecheros i los que manejaban hondas, en alineacion mas abierta. La caballería, dividida en compañías, ocupaba por separado distintos puntos de la línea. Em-

(1) Tomo I de esta obra, capitulo sobre «el arte militar».

prendian un ataque escalonado o por una série de cuerpos que se iban renovando (1).

Inferiores a los españoles eran naturalmente los araucanos en cuanto a jefes; no los tenían ni podían tenerlos ejercitados en el mando, en el manejo de hombres. Sus *toquis* eran jefes de ocasion i nada mas.

Con el ejercicio de tantos años, su instinto militar se había aguzado de un modo sobresaliente: eran habilísimos para las sorpresas, en las cuales, si no vencían, se adueñaban de un rico botín, en particular de armas i caballos; eran diestros en inventar estratagemas para finjir la paz o penetrar a un fuerte, incendiar las sementeras de los españoles o anunciar su presencia con fogatas i humaredas.

Habían mejorado también sus armas; pues los infantes no empleaban ya tanto las hondas i las flechas de arco del árbol *Michai* (*Berberis chilensis*) i dardo de *colihue*, con punta tostada, de pedernal o de hueso, que les demandaban mucho trabajo para elaborarias i conducir las. Sin dejarlas del todo, las habían reemplazado por las picas de colihues, de seis metros de largo i con puntas de hierro i no del mismo palo endurecido al fuego, como las primeras que tuvieron (2).

He aquí como el capitán cronista citado tantas veces, describe el armamento de la caballería: «Usan (como sillas) de unos fustecillos pequeños hechos de madera mui leve, tan amoldados a sus caballos con sus cojines de lana, que no viene a pesar todo seis libras. I por ser las nuestras mui pesadas i cargadas de ropa, dicen ellos que aflijen nuestros caballos i los cansan presto; i así las que llegan a su poder cuando ganan caballos ensillados i enfrenados en alguna victoria, luego las desbaratan, deshacen, adelgazan i cercenan cuanto pueden.

Traen, pues, muchos dellos estribos i espuelas de jineta i brida, como los que nosotros usamos, i los demas lo uno i lo otro de madera, tales, que bastan para escusar los de metal: muchos también usan de los frenos que los nuestros, pero los que carecen dellos los traen de barba de ballena o madera mui

(1) TRIBALDOS DE TOLEDO, pág. 19.

(2) GÓNZÁLEZ DE NÁJERA, pág. 169.

fuerte, tan bien hechos, que suplen los de hierro; i las cabezadas i riendas unos las traen de cuero i otros de cuerda» (1).

Imitaron de los españoles las armas defensivas, como coseletes para el pecho, espaldares i celadas, que arreglaban de cuero de vaca o de hierro; las del primer material las trabajaban ellos mismos i las del segundo, sus herreros. No pocos alcanzaron a fabricar en esta época adargas o escudos de cueros, que no se jeneralizaron en las prácticas militares de los araucanos.

Por cierto que el indio, de suyo atrevido i valiente, adquirió con el poder de la caballería mas impetuosidad i audacia que cuando su ejército solo se componia de infantes. «Es tanto el ánimo, dice el cronista militar recién citado, que se les ha infundido viéndose con tan gran número de caballería, que con ella se atreven á embestir nuestras escoltas y otro cualquier cuerpo de jente, aunque esté con las armas en las manos, habiendo perdido mucha parte del respeto y temor que en otro tiempo tenian a las de fuego. Y es de manera el ímpetu de sus acometimientos, que todo lo atropellan i desbaratan, siendo mui poco el daño que reciben i mui grande la alegría de la victoria especialmente si llevan por despojos cabezas de españoles o prisioneros» (2).

Con este poderoso medio de movilidad, habian adquirido igualmente cierta práctica en el servicio de avanzadas i de seguridad.

Construían, por último, obras de fortificacion, como albarradas, trincheras i palizadas, en condiciones i lugares adecuados para ofender i resistir al enemigo. Sus fuertes consistian en «un grande espacio cuadrado de troncos de árboles fornidos y labrados en forma de estacas que hincan y afirman fuertemente en el suelo juntando unos con otros de suerte que a los de fuera impiden su entrada para poderlos combatir y validos de este reparo con mucha facilidad pocos se defienden gallardamente de una notable multitud» (3). Dentro de este recinto, hacian

(1) GONZÁLEZ DE NÁJERA, páj. 114.

(2) GONZÁLEZ DE NÁJERA, páj. 113.

(3) TRIBALDOS DE TOLEDO, *Vista jeneral de las continuadas guerras, etc.* páj 21.

otro menor de tablonos unidos, enterrados i sujetos por detras con troncos gruesos. Solian agregarles torreones i troneras para las flechas. Por la parte exterior iban los hoyos que ocultaban de distintas maneras.

En otro orden de cosas, tambien relativo a la guerra, manifestaban cierto progreso moral i mas espíritu previsor. No sacrificaban como ántes a los prisioneros en reuniones en que se mezclaba la embriaguez al resto de un canibalismo primitivo; ahora les perdonaban la vida a muchos para utilizar algun conocimiento especial o por interes del rescate o del canje. Para esconder sus siembras de la tala de los españoles, preparaban i mas comunmente buscaban en las cimas de montañas escarpadas o entre algun bosque impenetrable del llano, pequeños espacios de terreno descampado, que tanto abundan en las selvas de la frontera.

Tal era el estado de las cosas de la guerra cuando Oñez de Loyola se decidió a iniciar las operaciones contra el enemigo. Inútilmente habia esperado cierto auxilio de jente que le ofreció el virrei del Perú. Antes de partir al sur mandó a Lima al sarjento mayor Miguel de Olavarría con el encargo de renovar su peticion. En febrero de 1593 dejaba la ciudad de Santiago i se dirijia a Concepcion al mando de ciento diez hombres i de un ostentoso séquito. Como en la mitad de marzo penetraba a esta poblacion, i sin detenerse mucho en ella, partia para el fuerte de Arauco llevando consigo una columna de doscientos veinte hombres.

Vió aquí el estado deplorable de la guarnicion i se penetró de las dificultades que presentaban estas escursiones al interior del territorio araucano. Quiso oír ántes de entrar en accion el dictámen de los mas experimentados militares de esta guerra, tanto para seguirlo en aquello que fuera posible, quanto para comprender a otros en la solidariedad de los resultados, i los citó a la plaza de Arauco. A su llamado concurrieron el maestre de campo en ejercicio García Ramon i el antiguo Lorenzo Bernal de Mercado i los jefes i capitanes Pedro Cortés Monroi, Francisco del Campo, Francisco Jufre, Juan Ruiz de Leon, Francisco Hernández Ortiz, Miguel de Silva, Antonio de Avendaño, Rafael Puerto Carrero, Juan de Gumerá i Jines Navarrete. Desde

Santiago remitió su informe, por escrito, el antiguo gobernador Martín Ruiz de Gamboa. La opinión de estos militares fué que la fuerza del Ejército de operaciones era de todo punto deficiente para tomar la ofensiva i fundar nuevas poblaciones, como lo exijia la pronta pacificación del territorio; aun mas, llegaron a manifestar la conveniencia de evacuar la plaza de Arauco. Atención especial merecía en estas juntas de oficiales el juicio de Pedro Cortés, pues "con su parecer y orden se hacian todas las cosas tocantes a la dicha guerra" (1).

Por no desagradar el Gobernador al virrei del Perú, no se atrevió a retrogradar en nada. Adoptó el espediente ya obligado de todos los gobernadores de pedir auxilio a Lima. Con esta comision despachó al maestre de campo don Alonso García Ramon, que deseaba retirarse del país, resentido con Oñez de Loyola por desaires que le habia hecho i quizas por la preferencia que manifestaba a la opinion de Cortés.

El virrei que creía a Oñez de Loyola un militar incapaz de dar remate a una empresa tan árdua como la guerra de Chile, prevenido en su contra por este motivo, se escusó para enviar la fuerza pedida con la repulsion que la jente del Perú tenia al enganche para servir en Arauco. De conformidad con la real audiencia acordó, no obstante, que se levantaran tropas en Panamá i Tierra Firme hasta completar trescientos hombres i que se remitiesen cuarenta mil pesos en dinero i en algunos artículos de hierro. Pero al propio tiempo renovó el acuerdo de prohibir al gobernador gravar con impuestos extraordinarios a los vecinos, los cuales solamente debian contribuir con cierta cantidad de provisiones de sus propiedades.

Un acontecimiento inesperado vino a dejar sin efecto estas promesas de auxilios. En los últimos días de marzo de 1594 penetró al océano Pacífico una flotilla inglesa de tres naves, que puso en alarma a todas las colonias españolas de este lado del continente. Desde entónces el virrei se concretó a la defensa de las costas i el gobernador de Chile quedó abandonado a sus propios recursos.

Desde ántes que aparecieran los piratas ingleses en el Pací-

(1) Documentos inéditos del señor MEDINA, tomo XXIV, pág. 262.

fico, a fines de 1593 i principios de 1594, Oñez de Loyola expedicionaba en las ciudades del sur. En Puren los indios le opusieron mas séria resistencia, que dominó con Pedro Cortés en varias correrias a los alrededores. Una de estas llegó hasta las tierras de los belicosos cuyuncos, en la jurisdiccion de Angol, donde capturó a dos mulatos que aleccionaban a estos bárbaros en la manera de combatir con ventaja a los españoles.

Miéntras tanto los indios del norte de la cordillera de Nahuelvuta, de los célebres lugares de Catirai i Mareguano, andaban sublevados i se reunian en un reducto para resistir a sus enemigos de tantos combates. El gobernador se movió en esa direccion con una parte de su fuerza i despues de una série de encuentros, construyó un fuerte en un paraje denominado Chivicura, en la márjen austral del Biobio, próximo a la confluencia de este rio con el Rele i mui cerca de donde el Laja, entónces Nivequeten, vacia sus aguas en la gran corriente del sur. Desde esta fortificacion, que se comunicaba con la de Jesus de Huenuraqui, se hizo una guerra sangrienta i activa a las indiadas de la estremidad norte i flancos del este de la cordillera marítima, las cuales tuvieron así que someterse a una quietud pasajera i que el gobernador tomó por una paz estable.

Persuadido de ello, levantó aqui una informacion entre los militares i sacerdotes mas caracterizados para comprobar este hecho i a la par la falta absoluta de recursos para terminar por completo su obra de pacificacion. Esta pieza debia enviarse a España.

No teniendo esperanzas de recibir por el momento los auxiliares que habia pedido al Perú, quiso obtenerlos de la ciudad de Santiago, a pesar de las prohibiciones del virrei i de la real audiéncia. Con tal objeto habia mandado desde el sur al sargento mayor Miguel de Olavarría, en el mes de julio de 1594, quien, sin mas autorizacion, comenzó a reclutar jente i recojer caballos i armas; pero el cabildo protestó del atropello del gobernador, el cual se vió compelido a ceder, con evidente menoscabo de su autoridad.

Inició los trabajos i empresas que pensaba realizar en el año 1595 levantando cerca del fuerte una ciudad que denominó

«Santa Cruz de Oñez.» El 1.º de enero se efectuó la ostentosa ceremonia de la fundación: en presencia del ejército, el gobernador clavó una lanza en el suelo, hizo plantar el rollo o «el árbol de la justicia,» le puso nombre a la ciudad i ordenó levantar el acta de estilo. Trazadas las calles, la dotó de pobladores, de una iglesia mayor que tituló «La exaltación de la cruz» i de las menores de San Francisco, la Merced i San Agustín.

Antes de continuar las diversas labores que le imponía el ejercicio de su puesto, pensó en mandar a España un emisario que solicitase de su majestad soldados i armas i lo impusiera, al mismo tiempo, de las ventajas obtenidas en la guerra, a fin de levantar el prestigio de su nombre socavado por el menoscabo del virrei. Designó con este objeto a su propio secretario Domingo de Eraso. A principios de 1595 partió el enviado del gobernador a la madre patria, a donde llegaba en 1597. A pesar de haber desempeñado su cometido con actividad e inteligencia, la corte no le prestó la atención que debiera, por la enfermedad del monarca, la guerra con Francia i el agotamiento del tesoro real. Solo obtuvo halagüeñas promesas de que Chile sería protegido; el mensajero de esta noticia emprendió en 1598 el viaje de vuelta al país de donde había salido tres años ántes.

Luego que hubo despachado a Eraso con su misión a España, se concretó exclusivamente a los negocios militares. Se propuso acometer al enemigo, cuando una vulgar prudencia le aconsejaba mantenerse a la defensiva para no agotar sus escasos recursos i sus tropas.

En efecto, los indios de la costa amenazaban el fuerte de Arauco en 1595. Oñez de Loyola destacó en su protección una partida de cincuenta lanzas que mandaba Pedro Cortés. Como ántes de su llegada se habían retirado al sur, el animoso veterano escogió cien hombres i haciéndose acompañar «del castellano» del fuerte (alcaide o gobernador de un castillo), Miguel de Silva, los persiguió implacablemente hasta Tucapel. A su regreso, juntósele el gobernador i ámbos hicieron otra «campada» hasta el mismo lugar, en la cual se libraron encarnizados combates.

Bien pronto emprendió el gobernador otra correría a la zona de Tucapel. Esta vez sorprendió en una junta a los indios del lado del mar, hácia Morgüilla, mató a muchos, hizo prisioneros a otros tantos con sus mujeres e hijos i les tomó mas de trescientas ovejas de la tierra o *hueques*. Tales fueron los estragos de esta jornada, que los indios, contra su práctica de ocultarse o resistir hasta lo último, pidieron la paz. El jeneral satisfecho del resultado, volvió a sus cuarteles de invierno.

Miéntras habia espedicionado al territorio de los indios rebeldes, las ciudades i plazas fuertes quedaron relativamente desguarnecidas. Los vecinos del norte se negaban a tomar las armas i a facilitar el mas insignificante auxilio. La primera vez que el gobernador penetró a Tucapel, ordenó que el jefe del distrito de Chillan i los vecinos encomenderos se dirijieran a la poblacion de Santa Cruz a resguardarla miéntras duraba su ausencia. No solamente le desobedecieron sino que lo amenazaron con inusitada insolencia. Este suceso lo decidió a renovar su petieion de tropas al virrei del Perú. El sarjento mayor Olavarría partió a practicar las jestioness del caso en junio de 1595.

Llevaba encargo de pedir trescientos hombres, doce mil pesos para comprar provisiones i cien mil mas para pagar al ejército. El virrei Hurtado de Mendoza contestó con evasivas. Este majistrado estaba ya cansado de gobernar, viejo i achacoso i pidió al monarca su relevo. Felipe II accedió a su solicitud i nombró para que lo reemplazara al de Méjico don Luis de Velasco. Impuesto éste desde luego de la premiosa necesidad de jente que tenia Chile, mandó levantar una columna de auxiliares. Para vencer el temor excesivo de los individuos del pueblo a la guerra de Arauco, hacia pagar a los enganchados hasta ciento cincuenta pesos. De esta manera reunió doscientos quince hombres que puso a las órdenes de su sobrino Gabriel de Castilla. En octubre de 1596 partía este refuerzo del Callao i en noviembre llegaba a Valparaiso.

El 10 de enero de 1596 se juntaba en Quinel, cerca de Chillan, el Gobernador con los auxiliares recién llegados, a quienes pasó revista. Les dió a reconocer en el mismo acto como maestro de campo a Castilla, a pesar de su edad juvenil de die-

ciócho años. Sin pérdida de tiempo avanzó en direccion a Puren, adonde dispuso que se reconcentrara el ejército. Trescientos soldados, fuera de los indios amigos, se juntaron en el campo castellano.

Inmediatameute principió los trabajos de una fortificacion que bautizó con el nombre de "San Salvador de Coya", agregándole a la denominacion la última palabra en recuerdo de su esposa doña Beatriz Clara Coya. Por una série de correrias que partían de aquí, se abrieron luego las hostilidades contra las tribus de esta comarca, las mas predisuestas a la resistencia por su crecido número i la facilidad que les proporcionaban las vastas ciénagas del rio Puren, las montañas i bosques de sus contornos.

En una de estas batidas a las tierras enemigas, el gobernador estuvo en inminente riesgo de ser derrotado. Un dia escujo ochenta hombres de caballería i acompañado de Pedro Cortés, salió "a hacer una arma", segun la espresion militar de aquellos tiempos. Cuando ménos lo imaginaban, tropezaron con una gran junta de indios armados que se preparó sin dilacion a la pelea. El paraje era quebrado i boscoso. Perplejo Oñez de Loyola, preguntó a Cortés en tan críticos momentos lo que harian. El aguerrido veterano contestó: "salgamos retirando poco a poco hasta lo llano y diciendo yo "Santiago", todos embistan juntos". Dióle la mano el gobernador i emprendió la retirada hostigado de cerca por los araucanos. Cuando se halló en un sitio mas o ménos despejado, Cortés gritó "¡Santiago!" El escuadron da frente a retaguardia, estrecha su línea i con una rapidez inesperada para los indios, cae sobre ellos mata a muchos e introduce el pánico en los de adelante, que huyen i atropellan a los de atras. Bastó esta arremetida para obtener la victoria (1).

No se arredraban los araucanos con estos golpes; al contrario, llegaron en su obstinacion hasta cercar el fuerte, pero rechazados al fin, se manifestaron mas pacíficos. El gobernador

(1) *Documentos inéditos*, tomo XXIV, páj. 296. Tomamos de los documentos que forma esta coleccion algunos episodios que no consigna el señor Barros Arana en su *Historia*.

se trasladó entónces a Concepcion a despachar para el Perú al maestro de campo Gabriel de Castilla en demanda de otro refuerzo de tropas con que poder dar cima a su obra tan deseada de la total pacificacion de Arauco.

Las reducciones de Tucapel solicitaron tambien la paz; a fin de concedérsela, Oñez de Loyola se dirijió en abril de 1597, al fuerte de Arauco, bien convencido de que ya la lucha iba tocando a su término; mas, tal persuacion debia ser pasajera, porque a poco de llegar recibió la noticia que los indomables pureninos se habian alzado nuevamente i que sitiaban el fuerte "San Salvador", con un empuje de guerreros no fatigados de pelear.

Aun cuando el invierno de este año se presentaba con un rigor escepcional, el gobernador corrió en defensa del cuartel amagado i, atravesando la cordillera de Nahuelvuta, llegó a los dos días a reanimar a sus defensores. Antes que él, Cortés se habia aproximado al fuerte desde Angol i habia conseguido penetrar a su recinto con diez soldados, cuatro botijas de pólvora i catorce mosquetes (1).

Los indios, por su parte, no cejaban un punto. Estrecharon el sitio i como ardid de guerra, embocaron al fuerte una corriente de agua que obligó a su guarnicion a abandonarlo i trasladarse a otro sitio cercano llamado Curape, donde, con el barro hasta la rodilla i soportando el agua de las lluvias que azotaba sus espaldas, improvisaron unas palizadas i tras ellas "una barraca" de techo pajizo. Con tantos padecimientos, la salud del gobernador se resintió i contrajo una grave afeccion a la vista.

Un hecho de armas desgraciado i un incendio casual, vinieron a empeorar esta situacion afflictiva. Un día Oñez de Loyola ordenó una salida de setenta jinetes, los cuales atacaron un cuerpo enemigo con tal mal éxito, que retrocedieron al fuerte con pérdida de ocho hombres. En estos momentos las cuadras del cuartel comenzaron a arder, incendiadas por el descuido de un muchacho; la confusion fué indescriptible: todos temian un asalto de los bárbaros; unos empuñan sus armas, otros ensi-

(1) *Documentos inéditos*, tomo XXIV, páj. 268 i 296.

llan sus caballos, que asustados perecen en las llamas o tratan de huir. El fuego consume con presteza todas las provisiones. El gobernador, cuando el peligro aumenta, manda tocar retirada i la fuerza toma precipitadamente el camino de Angol.

Las tribus de la costa, al parecer sometidas, se alzan otra vez i en la primavera de este mismo año, 1597, atacan la plaza de Arauco que defiende con heróica resolucion el capitan Miguel de Silva. El gobernador i el sarjento mayor Cortés penetraron con una division hasta Tucapel, miéntras que Silva se corría al sur con cincuenta jinetes. Los indios de Quidico, Quiaipo i Lavapié, que habian tomado las armas, tuvieron que aquietarse con este movimiento envolvente del ejército español (1).

Por estos dias llegaba a Valparaíso don Gabriel de Castilla con el refuerzo de tropas que habia ido a buscar a Lima, i que su tio el virrei habia logrado reunir a costa de muchos sacrificios, gastos i dilaciones. Constaba de ciento cuarenta hombres, cincuenta de ellos casi inútiles para la milicia por su poca edad. Con este contingente, venian ademas, veinte botijas de pólvora, cuatro piezas de artillería i siete mosquetes.

Oñez de Loyola pidió a la ciudad de Santiago su concurso para acabar de equipar este cuerpo, pero el vecindario permaneció sordo a las exigencias del gobernador, tantas veces reiteradas; i es de advertir que el mismo Castilla habia traído una provision del virrei en que autorizaba los impuestos estraordinarios que años ántes se imponian con el nombre de "derramas". En vista de estas dificultades e ignorando el estado de las jestionés de su ajente en España, Domingo Eraso, le renovó su encargo de hacer presente a la corte, por medio de un estenso informe, sus servicios, la deficiencia de elementos bélicos i de los auxilios del Perú i la negativa constante i antipatriótica de la ciudad de Santiago.

En el verano de 1597 i 1598 hubo una especie de tregua entre los contendientes: el gobernador, creyendo que los araucanos estaban en gran parte sometidos, suspendió las campearas anuales i se retiró a Concepcion al lado de su familia; los

(1) *Documentos inéditos*, volúmen XXIV, páj. 269 i 297.

indios, a su turno, al no ver invadidas sus tierras, permanecieron tranquilos.

En el verano siguiente pensaba dar fin a la pacificación. Con este propósito renovó su petición de socorros al virrey i su orden a la ciudad de Santiago de concurrir con su auxilio a la próxima campaña; los vecinos formaron, por último, un contingente de sesenta jinetes que pusieron bajo el mando del capitán don Fernando Álvarez de Toledo, autor del poema histórico *Puren Indómito* (1). En la primavera de 1598 Oñez de Loyola «subió a las ciudades de arriba», Villarrica, Valdivia i Osorno, a juntar mas jente, i regresó a Imperial con la misma determinacion i la de establecer ahí un cuartel de reconcentracion para las tropas del sur.

Se hallaba entregado a esta labor cuando recibió aviso del correjidor de Angol, por medio de un indio de servicio, de que las tribus de Puren se manifestaban revueltas i amenazantes i que llegaban ya escaramuzando a la vista de la ciudad. Apresuradamente previno cincuenta hombres i trescientos indios amigos i salió en la tarde del 21 de diciembre para la ciudad amagada, por el camino de las faldas de Nahuelvuta. Al cabo de algunas horas de marcha, pernoctó, con todo descuido, como a distancia de una legua de Imperial. En la tarde siguiente se detuvo en la parcialidad que entónces tenia el nombre de Curalava, en un paraje que dista como 25 kilómetros de la actual ciudad de Angol i 20 de Puren. De los cerros de Igan, que se levantan al suroeste de la primera de estas poblaciones, nacen diversas corrientes que reunidas forman el riachuelo de Guadava. Corre en dirección al sur i poco ántes de echarse al rio Puren, recibe por la derecha afluentes de escaso caudal que se

(2) En la nota final del Capítulo III se dan breves noticias acerca de los poemas de la conquista. Por omision de copia se escribió en esa misma nota esta frase: «Un padre franciscano de Curicó regaló los manuscritos de este poema al juez de letras de Curicó don Rodolfo Oportus», siendo que lo escrito decia: «Un padre franciscano de Curicó regaló los manuscritos de otro poema, *El Vasauero*, al juez, etc.» Uno de los herederos de este funcionario vendió al gobierno los orijinales del poema, que celebra los hechos de la familia del virrey del Perú don Andres de Cabrera, conde de Chinchon.

llaman Arquen, Deuco i Cadeuco, i por la izquierda, otro que se denomina Quelvilemo. Desde que éstos i otros torrentes engruesan su curso, toma el nombre de Curanilahue hasta llegar al río donde vacía sus aguas. Toda la corriente, con sus dos denominaciones, sigue las vueltas i rodeos de un valle estrecho, quebrado, fértil i mui selvoso en otros siglos. Oñez de Loyola acampó en una loma contigua al río Curanilahue, tal vez en el punto en que hoy lo atraviesa el camino que conduce a Angol, traficado desde tiempo inmemorial: «armadas las tiendas i echados los caballos al pasto, se recojieron todos a dormir, sin el recelo que debieran tener de enemigos» (1).

En efecto, habitaban entónces la zona comprendida entre los ríos Puren, Rehue i Picoiquen agrupaciones de indios montañeses i salvajes. Al sur del primero tenían sus moradas i sus *malal* o defensas, los inconquistables purerinos; al norte del mismo i hácia el lado de la cordillera de Nahuelvuta, seguían las parcialidades de Curape, Coyuncavide i Tomelmo i hácia la parte del este o del Rehue se extendían las de Curalava, Tavomallen, Guadava i Nininco (2).

Los indios esperaban sorprender a la columna del gobernador, i una partida, que los cronistas e historiadores hacen variar entre ciento cincuenta i trescientos hombres, le seguía los pasos bien de cerca desde Puren, mandada por el cacique Pelantaro i sus segundos Guaquimilla i Anganamon (nombres alterados los dos últimos de Huaiquimilla, lanza de oro, i Ancanamun, mitad del pié). «Echáronles algunos espías que los llevasen siempre a la vista, habiendo primero ajustado las contraseñas que les habían de dar para hacer su hecho» (3).

Al amanecer del día 23 de diciembre los indios se habían acercado cautelosamente al campamento español, silencioso e inmóvil en ese momento. El primero en levantarse fué «un criado que salió del alojamiento en solicitud de unas bestias, i habiéndole aprisionado, les dió el aviso de su letargo i des-

(1) GONZÁLEZ DE NÁJERA, pág. 63.

(2) *Documentos inéditos*, tomo XXIV. Lugares mencionados en distintas páginas.

(3) OVALLE, *Histórica Relacion*, pág. 74.

cuido i de que estaban acampados sin órden» (1). Muévense los araucanos i, atronando el aire con sus gritos i sus instrumentos guerreros, caen sobre los "toldos" o tiendas de los castellanos, entre los cuales se produce una espantosa confusion. Solo un soldado alcanza a disparar su arcabuz; pues los mas apénas saltan de sus lechos para armarse i defenderse, cuando sucumben a los golpes de sus asaltantes, i los pocos que buscan su salvacion en el rio, mueren ahogados ó perseguidos. "Como entre todas las tiendas la del gobernador era mas grande, lo conocieron en entrando en ella los crueles verdugos de su vida, la cual le quitaron con mil heridas, habiéndole hallado en pié con la cota en las manos, que se debía de haber levantado sintiendo algun rumor" (2). Al lado de Oñez de Loyola, que peleó como valeroso caballero español, cayeron el antiguo correjidor de Angol Juan Guirao i el capitan Galleguillos.

Pecieron tambien en el desastre el secretario del gobernador, Hernando Rodríguez de Gallegos, dos religiosos franciscanos, Juan de Tobar i Miguel Rosillo, un lego, cuarenta i cinco hombres de armas i como cien indios auxiliares. Mui pocos quedaron vivos en esta terrible sorpresa: algunos de los últimos que pudieron huir, un clérigo que cayó prisionero i se canjeó despues i el soldado Bernardo de Peredo, quien, con veintitres heridas, quedó tendido en el suelo como muerto, pero, repuesto un tanto, logró ocultarse primero i escaparse en seguida a Imperial entre mil peripecias. En poder de los indios, quedaron ademas los caballos, todas las armas, el dinero que traía del sur el gobernador, el archivo i tantos otros objetos que completan el bagaje de un cuerpo militar (3).

(1) CÓRDOBA I FIGUEROA, páj. 167.

(2) GONZÁLEZ DE NÁJERA, páj. 64.

(3) BARROS ARANA, *Historia*, tomo III.

TOMAS GUEVARA.

(Continuará)

Rio PUREN y sus ciénagas

